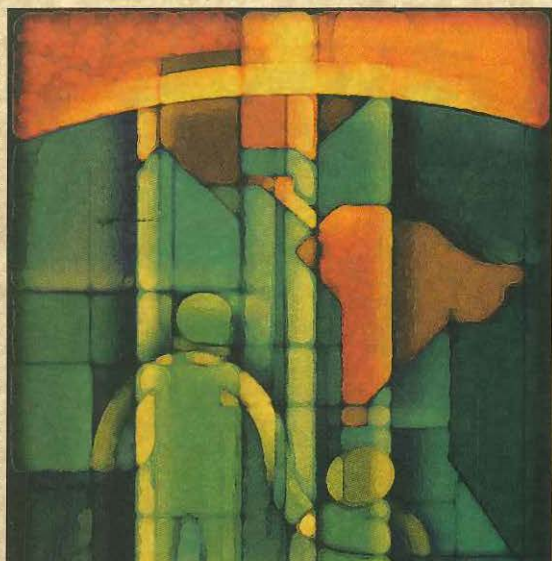


Norma Fuller *editora*



Capítulo 1

PATERNIDADES EN AMÉRICA LATINA



Pontificia Universidad Católica del Perú

FONDO EDITORIAL 2000

Primera edición: marzo de 2000

Paternidades en América Latina

Carátula: Enrique Ottone y Elizabeth Huamanchumo

Copyright © 2000 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel.

Telefax: 460-0872. Teléfonos: 460-2870, 460-2291, anexos 220 y 356.

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052000-1002

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-282-8

Impreso en Perú – Printed in Peru

Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú*

Norma Fuller

Pontificia Universidad Católica del Perú

Ser padre es una palabra que es algo divino, algo que te enseña. Te convierte en una persona más responsable de sus actos, más madura. Vas a seguir siendo hombre, pero te va a cambiar, porque los hijos te van a presionar. Van a presionarte pidiéndote, comida, vestimenta, educación, un hogar donde vivir. Y a ese hombre lo va a ir transformando esa palabra que se llama «padre», que es aparentemente una palabra chiquita pero es muy amplia. Porque ser padre no solamente es mantener un hogar, es dar todo, jugar con tus hijos, vivir para tus hijos, darles esa oportunidad a tus hijos. (Tutu, profesor universitario de Iquitos, padre de dos hijos)

1. Introducción

La presente investigación busca reconstruir los significados y prácticas de paternidad de los varones de los sectores medios y populares de tres ciudades del Perú. La pregunta central es en qué medida los significados sobre paternidad han sido afectados por las transformaciones de largo plazo tendientes a introducir relaciones más igualitarias y cercanas dentro de la familia y por el aceleramiento de estos cambios durante las últimas décadas debido al impacto del ingreso de las mujeres al mercado de trabajo que conduce a la revisión de la división de tareas en el hogar y de la creciente demanda de las

* A lo largo de la presente investigación conté con el apoyo del antropólogo Gerardo Castillo. Él realizó las entrevistas a varones adultos de los sectores medios limeños, tomó a su cargo el análisis cuantitativo de los datos, fue un constante contrapunto al análisis cualitativo de las entrevistas en que se basa este estudio.

mujeres y de los propios varones de una paternidad más cercana (Ponce y la Rosa 1995; Fuller 1997; Alfaro 1998).

Escogimos como objeto de estudio a tres ciudades que representan diferentes tradiciones culturales urbanas, la criolla (Lima), la andina (Cuzco) y la amazónica (Iquitos), a fin de dar cuenta de la especificidad cultural de las diferentes regiones del territorio peruano. Lima, con una población de 6 328 200 habitantes, concentra aproximadamente el 70% de la población del Perú. Cuzco, ciudad de la región andina con 269 000 habitantes, representa uno de los núcleos de cultura mestiza y andina más importantes del Perú. Iquitos, ciudad de la región amazónica con 261 248 habitantes, es considerada como la ciudad más representativa de la tradición amazónica mestiza.

Utilizamos una metodología cualitativa basada en el análisis secundario a profundidad de 120 entrevistas recogidas en un estudio previo sobre la constitución de la identidad de género masculino en las ciudades ya mencionadas. Se buscó analizar la información desde el punto de vista de los significados de paternidad y reproducción de la población entrevistada. La muestra está dividida en dos grupos etáreos: 20-30 y 35-55. Todos los varones adultos son padres en tanto que diecinueve de los jóvenes tienen hijos.

La perspectiva de este estudio es que los significados de paternidad, reproducción y sexualidad se constituyen social e históricamente. Las definiciones vigentes sobre estas prácticas no derivan directamente del hecho de concebir o engendrar hijos sino que están mediatizadas por los significados acerca de la fertilidad, la reproducción y los vínculos entre padre e hijos o hijas propios de cada cultura y, sobre todo, por el estilo de relaciones de parentesco, familia y género predominantes en cada sociedad.

Definimos paternidad como un campo de prácticas y significaciones culturales y sociales en torno a la reproducción, al vínculo que se establece o no con la progenie y al cuidado de los hijos. Este campo de prácticas y significaciones emergen del entrecruzamiento de los discursos sociales que prescriben valores acerca de lo que es ser padre y producen guiones de los comportamientos reproductivos

y parentales. Estos últimos varían según el momento del ciclo vital de las personas y según la relación que establezcan con la co-genitora y con los hijos y las hijas. Asimismo, estas relaciones están marcadas por las jerarquías de edad, género, clase, raza y etnia.

Es necesario aclarar que uno de los límites de esta investigación es que se basa en entrevistas en las que los varones se sitúan en el *deber ser*, es decir exponen cuál es el ideal de paternidad, independientemente de cuál sea su práctica. Así, es notorio que cuarenta y siete de los varones entrevistados, sobre setenta y nueve que son padres, no residen con sus hijos y presentan dificultades para cumplir con el modelo que describen. Este desfase es inevitable dado que no nos basamos en la observación de prácticas o de terrenos en conflicto sino en una técnica de recolección de datos que propicia que el informante haga un retrato de sí mismo que lo muestre tal como debería ser. A fin de minimizar esta limitación, introdujimos algunos temas que podían hacer evidentes ciertas contradicciones, tales como relaciones conyugales y extraconyugales, formas de autoridad y castigo, separaciones familiares y diferencias de trato según el género de los hijos. Estos nos presentan evidencias del fuerte desfase existente entre el significado ideal de padre y la práctica de los varones.

De este modo, los datos aquí presentados deben ser entendidos no necesariamente como la práctica de la paternidad, sino como un testimonio de la importancia de esta experiencia en la vida de los varones y de los problemas que se presentan en su cumplimiento. Estas dificultades son múltiples. Por un lado, el padre no es solo una figura concreta sino el patriarca, es decir, el símbolo que resume el ideal de masculinidad y el que legitima la posición y privilegios del género masculino. Por ello, la población entrevistada tiende a pintarnos una imagen de él intensamente cargada de valor. En tanto varones, ellos se identifican con el patriarca en tanto epítome del modelo hegemónico de masculinidad. Por otro lado, sin embargo, la práctica de la paternidad está sometida a las tensiones inherentes al sistema de género predominante en las tres ciudades estudiadas: un tipo de

circulación sexual que abre a los varones un amplio margen para decidir a cuáles hijos paternarán; una estricta jerarquía de clase, raza y etnia que permite a los varones establecer relaciones paralelas con mujeres de extracción social, étnica o racial subordinada; una división sexual del trabajo que entrega la responsabilidad efectiva de la supervivencia de los hijos a la mujer; un estilo de relación con los hijos marcado, a menudo, por la distancia y el autoritarismo.

Sería entonces recomendable, para futuras investigaciones, diseñar procedimientos teóricos y metodológicos que nos permitan dar cuenta de la diferencia entre regla y estrategia. Si de un lado las reglas que rigen la relación del padre con su pareja y sus hijos están diseñadas de una manera muy estricta, estas son más un soporte ideológico de un sistema que identifica la masculinidad con el poder que una guía para la práctica. Las estrategias que los varones implementan para acercarse a la regla, en cambio, están mediadas por las posibilidades reales de aproximarse al modelo hegemónico, tales como un nivel de ingresos adecuado y disponibilidad de tiempo para estar con su prole, y por el hecho de que su posición de privilegio frente a la mujer les permite evadir muchas de las labores de crianza que son asumidas de manera efectiva por ella.

A continuación, presentaremos los resultados de la reconstrucción de los significados de paternidad tal como fueron establecidos en el análisis de los relatos recogidos.

2. Ser padre

2.1. *La consagración de la hombría adulta*

La paternidad es uno de los ejes principales de la identidad masculina. Todos los varones entrevistados, sin excepción, desean ser padres y consideran esta experiencia como la realización del máximo de su potencial como seres humanos. Es notorio que ser padre, la experiencia más valorada en la vida de un varón, no se describe como

un aspecto de su identidad masculina sino como su realización como ser humano. La masculinidad se identifica aquí con la humanidad. Contrariamente a la maternidad, que se supone que realiza el destino femenino, la masculinidad realiza el destino humano de un varón. Este es por tanto uno de los temas donde se consagra la identificación de lo masculino con lo universal (Irigaray 1974; Bourdieu 1998).

Ser padre consagra al varón como un hombre cabal (Gilmore 1990). Todos los aspectos de su vida se reinterpretan a la luz de esta experiencia. Deja de ser hijo para ser padre, se corta el lazo preferencial con los amigos, se consolida y redefine la relación de pareja. Significa fundar una familia de la cual un varón es responsable. Es decir, en el tronco, el centro de un nuevo núcleo social, el joven inmaduro se convierte en jefe de familia. Finalmente, su actuación en la esfera pública —trabajo, política— cobrarán nuevo sentido: el padre trabaja y acumula bienes y prestigio para proveer y asegurar a su familia. Adquiere, asimismo, identidad pública al convertirse en el representante de su grupo familiar. Por ello, se la describe como la experiencia más importante y gratificante la vida de un hombre. «Es el complemento de la vida ser padre, es un sueño tener un hijo porque un hombre se siente realizado al tener un hijo» (Chato, 24 años, estudiante universitario cuzqueño).

Al llegar a la juventud el varón aspira a adquirir el estatus de adulto y ello lo empuja a fundar una familia para cortar el lazo de dependencia frente a su familia de origen. Por otro lado, los amigos, si bien representan la libertad y la experimentación, lo colocan en la posición de joven inmaduro, marginal al orden social y, por tanto, a las fuentes de prestigio y reconocimiento social. Más aún, en la medida que el grupo de pares se identifica con el espacio desordenado de la calle, la juventud es un periodo peligroso que puede conducir, por sus excesos, a la marginalidad o la autodestrucción. Por ello, la relación con una pareja se vincula al orden. Es bastante común que los jóvenes narren que el matrimonio fue una manera de establecerse y establecer controles en su conducta (Villa 1996; Valdés y Olavarría 1998; Arilha 1998).

Se abre un nuevo ciclo del ciclo vital en el cual se redefinen drásticamente las lealtades, metas y características del varón pues es un momento en que se redefine su identidad,¹ ya que corta definitivamente el vínculo preferencial con el grupo de amigos y con la familia de origen. En adelante, la mayor parte de los esfuerzos deberán dirigirse hacia el mantenimiento y formación de los hijos.

Cuando tuve mi hija, uff, feliz, muy feliz. La vi nacer, la vi nacer. Cambió mi vida, me siento mucho más responsable. Antes era término medio, no más. O sea tenía mis amigos, el fútbol, las parrandas y cuántas cosas. Pero ya dejás de hacer esas cosas, pues. (Bigote, 40 años, entrenador de fútbol cuzqueño)

Tener hijos es la consagración de la hombría pero significa el fin de la juventud y asumir una responsabilidad. En adelante, el varón deberá responder, tomar a su cargo el sostén material social y moral de su prole. Ello supone que ha atravesado por el periodo de preparación y búsqueda a través de la consolidación de redes de amigos acumulación de experiencia y, en el caso de los sectores medios, estudios previos que le permitirán insertarse adecuadamente en el espacio masculino, es decir, ya ha cumplido con encontrar un trabajo y se ha convertido en un varón productivo.

Asimismo, en tanto la paternidad es la consolidación de la relación de pareja, lo ideal es que el varón se convierta en padre con una pareja adecuada. Si bien ser padre es una experiencia consagratoria cuando ocurre en el momento adecuado, si tiene lugar de manera

¹ Mientras que la virilidad (sexualidad activa y fuerza física) se representa como natural y como el núcleo de la masculinidad, la hombría se representa como un producto cultural, que todo varón debe adquirir. Las cualidades de esta se adscriben a las esferas doméstica y pública. La primera constituye el núcleo de los afectos de un varón y de su carácter; está definida por el amor, la protección, el respeto y, sobre todo, la responsabilidad. El espacio exterior está compuesto por la calle y la esfera pública: lo público es el ámbito de los logros del trabajo y la política mientras que la calle es la versión desordenada de lo masculino (Fuller 1997).

precipitada o fuera de la relación deseada, puede ser una amenaza para el proyecto de vida de los genitores.

Yo tengo que cuidarme porque no quiero frustrarme. Yo tengo esa perspectiva de seguir adelante y asumir esa responsabilidad de tener hijos, es una responsabilidad. Entonces, con mi trabajo, con las cosas que yo quiero hacer no puedo todavía asumir esa responsabilidad, no estoy en condiciones. (Gregorio, joven cuzqueño oficial de la policía)

La paternidad redefine también el vínculo con la pareja, el cual, a partir de este punto, deja de ser una relación amorosa para convertirse en una familia. Esto es más marcado en los sectores populares donde el matrimonio no se constituye necesariamente a través del ritual matrimonial sino cuando la mujer sale embarazada y el varón asume su relación con ella y el hijo por venir. Esto lleva a que, en los sectores populares, la llegada del hijo se viva también como el momento en que el varón asume sus obligaciones adultas. Este es el caso de todos los varones adultos de los sectores populares de Cuzco e Iquitos entre quienes la decisión de tener un hijo o el hecho de que la pareja saliera embarazada fue la que constituyó y selló la unión conyugal. Antes de tener un hijo, la lealtad del varón está más ligada a la familia de origen y al grupo de pares que a la pareja conyugal. Esta es también una de las razones que lleva a la mujer a buscar un embarazo ya que de este modo lleva a su pareja a privilegiar la relación conyugal.

Entre los varones de los sectores populares de Cuzco e Iquitos, es común que sientan que la llegada del primer hijo haya sido una decisión en la que la mujer ejerció cierta presión para definir la relación conyugal. Ello despierta sentimientos ambiguos porque si, de un lado, fecundar a la pareja confirma la propia virilidad y su control sobre la pareja, significa también renunciar a los planes de desarrollo individual para adecuarlos al proyecto familiar (Villa 1996). Es el caso de Apicha, un cuzqueño de 46 años que trabaja como almacenero, quien considera que si su enamorada no hubiera salido embarazada

él no habría continuado con ella y habría podido continuar sus estudios. Según relata,

me hice responsable de muy joven. Todavía ni siquiera yo tenía 20 años, tenía 19 y picos. Entonces, me hice ya responsable de una mujer, pero no lo tomé tan en serio, era como una rutina diaria, pero no con esa responsabilidad de asumir un hogar. Entonces ya de ahí se embarazó ella, ya había la responsabilidad, era distinta. Entonces, ya me puse a trabajar.

En aquellos varones de los sectores medios que debieron casarse porque su pareja estaba embarazada, se produce el mismo fenómeno. La diferencia entre ambos es que en los sectores populares de estas dos ciudades la fórmula más común de establecer una pareja es a través del embarazo mientras que en los sectores medios esta es la excepción.

Esta ambivalencia se resuelve o no con el tiempo. Si la relación familiar se estabiliza y el varón considera que tiene una familia lograda, tenderá a relatar esta experiencia como un proceso que se dirigía a un fin (convertirse en un padre responsable) y a proyectar en el futuro de los hijos la solución de sus carencias y el sentido de su sacrificio presente. Cuando la relación familiar no se estabiliza y el padre vive separado de sus hijos, el reclamo de haber sido forzado por la mujer con la que procreó a sacrificar sus proyectos personales puede ser un argumento para limitar su contribución a los hijos ya que el apoyo que les brinde será administrado y según temen, manipulado por la madre.

En suma, esta experiencia se describe como una transformación: la inauguración de un nuevo periodo del ciclo vital. Es el punto de la hombría perfecta cuando ya no se trata de jóvenes inmaduros, sino de hombres en el pleno sentido de la palabra.

Claro, que eres hombre, pero te sientes más (sonrisa) hombre, cuando salió mi primer hijo. ¡Pucha! Yo me sentí, pues, contento, ¡pucha, qué alegría! Lo festejé, pues, con mis amigos: «ya soy padre ya», de

ver un chico palomilla, «mi amigo ahora es un señor», y ahora que mis amigos ya me ven que soy un papá, ahora me ven que soy abuelo. ¡Pasu madre! Yo sí me sentí contento y feliz. Así que yo me sentí otra clase de, otra clase de hombre pues, claro que soy hombre, pero me sentí otra clase de hombre, porque iba a ser padre. (El Zambo, 53 años, albañil limeño)

El ciclo de la paternidad, y también de la adultez, se cierra cuando los hijos son adultos logrados, es decir, cuando los hijos varones se insertan en el espacio laboral y fundan su propia familia y las hijas mujeres se casan. Para todos los varones entrevistados, lograr que sus hijos *salgan adelante* es una de las metas más importantes, sino la más importante, en sus vidas.

Entre los varones de los sectores medios limeños, donde las oportunidades de diferenciación individual son más pronunciadas debido a que la cultura laboral es más compleja, se observa que, a pesar de ser una dimensión fundamental en la vida de los varones, la paternidad puede entrar en conflicto con la búsqueda de realización individual. Esta problemática es más marcada entre los varones que han llevado estilos de vida menos convencionales, pero económicamente inestables. Es el caso de Edmundo, Dan Patay y Máximo, tres limeños del sector medio cuyas profesiones están asociadas a las artes. Sin embargo, ninguno de ellos dudó que la paternidad era una opción central en sus vidas.

En contraste con los sectores medios limeños, donde el matrimonio se centra más en la unión romántica de una pareja, en los sectores medios de Cuzco e Iquitos y los sectores populares de las tres ciudades, es más marcada la insistencia en que los hijos son quienes constituyen la familia. «Una relación de pareja sin hijos, me parece que no sería completa porque faltarían los hijos para completar esa plenitud familiar» (Lucho, 40 años, taxista limeño). No obstante, tanto en Cuzco como en Iquitos, con economías más inestables que las de Lima, la tarea paterna es también una fuente de preocupación debido a las fluctuaciones de la economía y la política locales que tiñen de incertidumbre el futuro (y la tarea del padre es la pro-

yección). Ellos temen que sus hijos no podrán mantener los niveles de vida que sus padres tienen actualmente y aspiran a legarles.

Esta problemática se agrava entre los varones de los sectores populares que tienen mayor número de hijos que sus homólogos de los sectores medios.² Entre ellos, la experiencia de ser padre está teñida de una profunda inseguridad ya que es común que tengan dificultades en asumir el rol de proveedores. Consecuentemente, entre los sectores populares, es común que se use el término *sacrificio* para designar tanto la decisión de asumir a un hijo como para caracterizar el lazo familiar. Ser padre fuerza al varón a renunciar a su libertad y ofrendar la cuota de renuncia personal necesario para que los hijos crezcan y se conviertan en adultos.

La noción de *sacrificio*, a su vez, es la expresión moral de los esfuerzos diarios realizados por los padres en la tarea de proveer y formar. El discurso tejido alrededor de la noción de sacrificio permite elaborar algunas de las reglas que deben, idealmente, regir las relaciones padres-hijos y establecer un orden jerárquico entre las generaciones. Es porque los padres donan su persona que pueden reclamar de sus hijos *respeto* y *obediencia* como contraparte a sus desvelos. De acuerdo con el cuerpo discursivo del sacrificio, padres e hijos quedan atados en una cadena recíproca de obligaciones ya que los hijos deberán devolver lo recibido cuando sean adultos. Otra manera de entender esta noción, la ofrenda de sí, es como una inversión a futuro que garantiza que los hijos resolverán, el día de mañana, las carencias de los padres ya que, si logran triunfar en la vida, acrecentarán el prestigio de la familia y justificarán los trabajos de sus predecesores. De este modo, la noción de *sacrificio* es una forma de elaborar el

² Los varones de los sectores populares de Cuzco tienen promedio de 3,5 hijos, mientras que la media de los sectores medios de esta ciudad es de 2 hijos. Los varones de los sectores populares de Iquitos tienen un promedio de 4,2 y del sector medio 3,2. En Lima, el promedio de los sectores populares de 3,2 en tanto que el promedio en los sectores medios es de 1,9. En total, los sectores populares arrojan un promedio de 3,6 y el sector medio, 2,4.

vínculo, la cadena que une a las generaciones que resultan enlazadas a través de la *sangre* y de la *ofrenda de sí*.

No obstante, cada sector parece elaborar el sentido de tener hijos con matices diferentes. Mientras que los varones de clase media tienden a entender a los hijos como una forma de prolongar sus propias vidas, de continuar sus logros en el futuro y de mantener el prestigio y nombre de la familia, los padres de los sectores populares enfatizan la importancia de tener descendencia para garantizarse un apoyo en la vejez. En otras palabras, mientras en el discurso de los primeros la inversión en un hijo dará frutos en el futuro y en términos de la presencia y notoriedad social de la familia, en el de los segundos la prole garantiza la supervivencia inmediata de los padres.

Es importante para un hombre tener hijos, si no qué será después. Tengo un tío que ha sido terrible, ha vivido su juventud como ha querido, ha vivido por vivir; ahora está viejo, no tiene ni un hijo, es triste. Si mi tío se hubiese casado, hubiese tenido un hijo o dos hijos, entonces, él no tuviera por qué dormir en las iglesias como está viviendo ahora. Si él tuviera sus hijos, lo tuvieran al lado de él. Ahora que mi tío está enfermo, ¿quién lo atiende a ese viejo? Por eso digo, es bien importante en la vida casarse o convivir y tener un hijo, dos hijos para que lo atiendan a uno. Porque en la vida, la juventud es corta pero la vejez es larga, es triste. (El Zambo, adulto, popular, Lima)

Si en los sectores medios se espera que el éxito de los hijos retribuya el esfuerzo de los padres, en los sectores populares se acenúan los ideales de solidaridad y reciprocidad familiar contenidos y articulados en la noción de *sacrificio*.³

³ El discurso sobre el sacrificio merece una investigación más detallada ya que resume la ética de complementaridad, reciprocidad y jerarquía en que se fundan las relaciones familiares y de género, sobre todo entre los sectores populares. Es también un principio abiertamente cuestionado por los valores igualitarios e individualistas propiciados por los discursos modernos. Permite, entonces, descomponer algunos principios básicos de la organización familiar y de género tradicional y sus transformaciones.

2.2. *Las dimensiones de la paternidad*

La paternidad tiene una dimensión natural, doméstica, pública y trascendental. Es natural en tanto que es la última prueba de virilidad, la demostración pública y definitiva de la virilidad de un varón ya que muestra que es capaz de fecundar a una mujer sobre cuya sexualidad tiene control. A pesar de que la sexualidad juvenil y las pruebas realizadas en el prostíbulo demuestran la capacidad sexual del varón, siempre existirá una sombra de duda por cuanto cabe la posibilidad de que el varón esté fanfarroneando. Lo mismo sucede con los hijos fecundados en relaciones extramaritales. En la medida en que son habidos en mujeres que se supone que hacen uso de su sexualidad para sus propios fines, ellas estarán bajo la sospecha de infidelidad y engaño. En suma, solo el hijo habido dentro de una relación conyugal es la prueba final de la virilidad de un varón. Ello no implica necesariamente matrimonio legal sino relación públicamente reconocida como conyugal.

Si la virilidad es la dimensión natural de la masculinidad, la hombría, ser un verdadero hombre implica asumir los aspectos domésticos y públicos de la masculinidad: ser esposo y padre, proveedor y representante de la familia. Así, la paternidad es doméstica por cuanto constituye una familia y mantiene a una pareja junta. En este sentido, es definida por el amor, la característica que define el lazo familiar, y por la responsabilidad, el lado nutricional de la masculinidad. Es pública en tanto el rol del padre es proveer a la familia con los recursos materiales y simbólicos que acumula en la esfera pública y sobre todo vincular a sus hijos con el dominio público, al transmitirles las cualidades y valores que les permitan desenvolverse en el mundo exterior. La tarea del padre es precisamente transformar una criatura salvaje en un ser humano a través de la educación; esto es, transmitirles su sabiduría y formar sus personalidades.

Ser padre vuelve más hombre a un hombre porque aprende lo que es la vida, ya uno tiene que trabajar más para poder sostener. Y uno se siente más feliz, porque uno tiene ya seres vivos a quienes debe verlos, educarlos y sacarlos profesionales. (Coco, 42 años, artesano cuzqueño)

Por tanto, corresponde al padre proveer transmitir y educar. Todas estas tareas derivan de su asociación con el campo exterior, en el cual residen los medios materiales y simbólicos para proveer a la familia y donde residen los saberes y valores absolutos. Es porque el padre se identifica con los conocimientos generales y con monopolio de los medios de subsistencia que cumple una labor fundamental y es la figura más prestigiada dentro de la familia. De ello deriva su poder simbólico y su autoridad.

La paternidad garantiza la trascendencia tanto desde el punto de vista físico, en tanto su sangre seguirá corriendo en las generaciones futuras, como desde el punto de vista social, ya que habrá cooperado con la sociedad en la que vive al formar a nuevos miembros y garantizado que ellos se integrarán en el tejido social. Finalmente, su carácter trascendental asegura la continuidad de la vida y hace del varón un creador. En este sentido, la dimensión más importante de la paternidad es la perpetuación. Al dejar semilla coopera con la humanidad en su sentido general ya que garantiza la supervivencia de la especie.

Ser padre es importante Yo pienso que si, nosotros debemos de ser como una semilla, debemos de ser algo, debemos de sentirnos algo importantes también, debemos cooperar con la humanidad también nosotros, debemos de engendrar hijos. (Chochera, obrero metalúrgico limeño)

En suma, para todos los entrevistados (100%), la paternidad significa contribuir, dejar parte de ellos mismos en la tierra y ser, de alguna manera, inmortales. Esto es entendido como la perpetuación del nombre de la familia y de sus propias vidas a través de la generación de un nuevo ser humano.

2.3. *Ser padre no es algo relativo*

A pesar de que se define la experiencia de ser padre como expresión de un deseo profundo y como parte del proyecto de vida del varón, esta elección no está dejada al libre albedrío. Existe una intensa presión social dirigida a forzar a los varones a tener hijos. Para la cultura peruana urbana, quien no es padre no llega a ser considerado un adulto en el pleno sentido de la palabra.

Los hijos en general, sea hombre o mujer, vuelven más hombre a un hombre, porque te sientes algo más, más maduro, más hombre, algo ante los demás. Por ejemplo, yo tengo mi compadre que vive acá, ya lleva buen años de casado y no tiene hijos y a veces, dentro de la misma sociedad, estamos tomando así, le dicen pues: «oye, compadre tú no tienes hijos, tú ya no puedes, que tú no estás acá, tú no colaboras nada con el mundo, no haces nada, no tienes sentido» le dicen y hay otros que te dicen: «no, acá estoy yo, tengo mi hijo, tengo mi hija». (Chochera)

Por otro lado, la paternidad es la última prueba de la virilidad de un varón porque garantiza que pueda fecundar a una mujer. Mientras sus hazañas sexuales existen solo en el relato y todo varón es sospechoso de fanfarronear al respecto, un hijo es una prueba indudable de su potencia. Por ello, es la única prueba total de virilidad y quien no cumple con ella despertará dudas. «Imagínate, tú tienes 28 años y no tienes hijo, la gente de acá, del barrio te mira en una forma, piensa de ti, uno, que es maricón, otro, que eres impotente» (Juan, joven limeño desempleado).

Así, un varón que no es padre puede realizarse en los aspectos viriles (fuerza, sexualidad activa) y público (trabajo, política), pero no será un hombre cabal ya que su virilidad y su capacidad de contribuir al orden social, dos ejes fundamentales de la masculinidad, estarán de algún modo en entredicho. En contraste, quienes no se convierten en padres constituirán diferentes tipos de masculinidades alternativas o marginales: el sacerdote, que ejemplifica las virtudes

masculinas pero que para hacerlo debe renunciar a la virilidad y la paternidad; el don Juan, que engendra hijos en la calle a quienes no pueden reclamar como propios ya que no tiene certeza de su filiación porque son habidos en mujeres cuya sexualidad no controla. La fecundación desordenada, si bien puede ser motivo de orgullo desde el punto de vista de la potencia viril, no puede confirmarse plenamente ya que siempre existirán dudas sobre la verdadera filiación del niño o niña. Otro caso es el del soltero que, a pesar de ser adulto en los aspectos viriles o públicos, no completa el círculo de la masculinidad y, por lo tanto, no ha conformado plenamente su virilidad (su capacidad de fecundar a una mujer) y sus logros públicos no se perennizarán en las futuras generaciones. Es decir, no trascenderá. Finalmente, el más criticado es el padre irresponsable, aquel que teniendo hijos reconocidos socialmente los abandona material o moralmente. Este último constituye un contrapunto del discurso sobre la paternidad ya que el padre responsable se define en contraposición a quien no lo es.

El hecho de ser responsable, de ocuparse de los hijos, de su manutención, de su educación, de su cuidado, hace a uno sentirse más que cualquier macho. De ahí que solamente se dedica a conquistar cada día más mujeres y satisfacer solamente su ego. (Apu, 49 años, maestro de escuela iquiteño)

No estamos implicando con esto que quien efectivamente no tiene hijos será un disminuido o menos hombre, sino que el discurso sobre la masculinidad y el relato personal sobre la identidad de los varones incluye esta dimensión como un eje central. Cada uno de ellos elaborará estos significados a su manera y esto puede incluir muchas variantes personales y cada persona despliega diferentes estrategias para cumplir con las reglas sociales. Lo que sí es evidente es que aquel varón que no tiene hijos deberá elaborar esta particularidad frente a sí mismo y frente a los otros y el hecho de no ser padre será un rasgo distintivo de su persona social.

2.4. *La responsabilidad transmuta al varón en hombre*

La cualidad que transmuta la capacidad de engendrar en paternidad en su dimensión pública y doméstica es la responsabilidad.

Muchos de nosotros decimos querernos realizar como padre. Padre no es aquel que hace hijos, padre es aquel que sabe hacer hijos. Cuando los hijos vienen, uno tiene que aceptar otra postura de padre, ya no es el que tiene que pensar en sí, sino en dar más amor, que al hijo no le falte el otro, que no falte esto, que no pase necesidades. Yo pienso que para ser padre hay que pensar bien, que ya está pasando otra etapa de tu vida. (Richi, joven iquiteño, clase media)

Ser padre no es fecundar, sino asumir públicamente el vínculo con un hijo y comprometerse a formarlo, a darle sustento material, social y moral. Para llegar a ser un hombre, la virilidad debe venir acompañada por la responsabilidad. De otro modo, un hombre es tan solo un reproductor y no un hombre cabal.

Uno de los temores que engendra el tipo de circulación sexual masculina es precisamente que se caiga en el estereotipo del macho que se afirma únicamente por su capacidad de fecundar y, con ello, expone a niños a vivir en el abandono material social y moral. En estos casos, el varón no se estaría comportando como un verdadero hombre sino como un macho irresponsable. En ese sentido, la paternidad se opone a la sexualidad juvenil, cuya finalidad es la afirmación de la propia virilidad frente a los pares y las mujeres. La sexualidad desordenada del joven conlleva el riesgo de convertirlo en un macho que tiene hijos de los que no se responsabiliza.⁴ Este es la antítesis

⁴ Entre los varones entrevistados, en Lima, existe un caso de paternidad fuera de la relación conyugal en un joven del sector popular. En Cuzco, un joven del sector medio tiene un hijo sin unión. En Iquitos, existen siete casos: cuatro entre varones del sector medio (un joven y tres adultos) y tres en el sector popular (dos adultos y un joven).

del hombre de bien, del padre cuyo deber es proveer material y moralmente por su progenie. El padre irresponsable es personaje profundamente asocial que representa precisamente lo que un hombre de bien no debe ser. Por eso, para todos los varones entrevistados, sin excepción, engendrar no vuelve más hombre a un hombre. «Cuánta gente de mala muerte que tiene hijos por todos lados (sonrisa) y no son más hombres que uno, no» (Juan, joven limeño desempleado). Esa es la actitud del macho irresponsable que no tiene problemas en fecundar mujeres para afirmar su potencia sexual. Padre, por el contrario, es quien renuncia a circular libremente para desviar sus energías hacia la formación de un hijo. En consecuencia, la responsabilidad es la cualidad que transforma la identidad del varón al abrirle una dimensión de futuro e instalarlo definitivamente en los espacios doméstico y público.

La responsabilidad, por otro lado, fuerza al varón a sedimentar sus compromisos en la esfera del trabajo que antes podían contradecirse con su sed de aventura o de afirmación personal. En este sentido, un padre se percibe como alguien más confiable porque que ha debido aprender a disciplinarse, es decir, como un varón adulto, inserto en el orden social, opuesto al joven inmaduro, marginal a la estructura social.

La temática de la responsabilidad resume tanto la definición misma de paternidad como sus dilemas. Engendrar no es ser padre. Ser padre es ser responsable y ser responsable significa reconocer públicamente la obligación de formar, orientar y proveer. Este tema es contradictorio pues si bien hace del varón un adulto y consagra su hombría, del otro significa que pierde libertad y el control sobre los recursos que genera.

Ser padre le cambia la vida a un hombre, hay más responsabilidad, ya tiene que dedicarse completamente a la familia, ya no tener, como ahora, tanta libertad de poder salir a fiestas y estar gastando dinero para allá, para acá, creo que ya se mediría un poco para gastar su dinero. No se hace más hombre cuando es padre, yo lo veo igual, lo que se hace es más responsable. (El Ruso, joven limeño, sector popular)

Esta contradicción toma proporciones mayores entre los jóvenes, aún no insertos en el espacio masculino. Aunque ellos definen la paternidad en los mismos términos que los adultos, su discurso sobre este tema se centra más en la dificultad y la renuncia que implica volverse responsable.

Por ello, entre los jóvenes, el concepto de responsabilidad se centra más en la necesidad de evitar tener hijos en la calle o ser víctima de una mujer que los fuerce a asumir una paternidad no deseada que puede poner en riesgo el proyecto de vida del joven. «Tengo que cuidarme de no meter la pata de no embarazar a una chica y tenerme que casar y tener frustradas todas mis ilusiones, de ser profesional» (Jorge, 24 años, limeño que aún no ha terminado sus estudios secundarios). Entre los jóvenes de los sectores populares, esta ambivalencia se acrecienta debido a la inestabilidad laboral y el temor a no poder enfrentar las demandas de mantener a una familia. Esta temática se relaciona también con el hecho de que los jóvenes de estos sectores tienden a ser padres a edad más temprana que los varones de los sectores medios, a quienes la necesidad de seguir estudios superiores obliga a dilatar la edad de constituir pareja.⁵ Asimismo, como señala Fachel Leal (1998), en los sectores populares el embarazo es una estrategia usada por los jóvenes, sobre todo las mujeres, para consolidar una unión. Sin embargo, este tipo de práctica se contrapone a las expectativas de desarrollo individual de los jóvenes y abre una serie de dilemas (Olavarría, Benavente y Mellado 1998).

A pesar de los temores que pueblan el imaginario de los jóvenes, todos, sin excepción, planean ser padres y definen a la paternidad como una experiencia crucial consagratoria que cambia la vida de un hombre y lo convierte en fundamentalmente doméstico.

⁵ En Cuzco nueve de los jóvenes entrevistados son padres. Siete del sector popular y dos del medio. En Iquitos diez de los jóvenes son padres, seis del sector popular y cuatro del sector medio. En Lima solo un joven del sector popular es padre. El total por clases sociales arroja que catorce jóvenes de los sectores populares tienen hijos en tanto que esta cifra es de seis en los sectores medios

Ya deja de ser niño, adolescente, ya es adulto, ya se es padre, le nace ya lo que es paternidad, da todo. Yo, francamente, haría todo por mi hijo, cualquier cosa. Como me ven, como todo el mundo me conoce que soy así, bien movido, si me ven con un hijo pues: «ya era hora, ahora te vas a calmar, ya tienes un hijo, tienes que ser más responsable». Un hijo le asienta a un pata... lo mete a su hueco y ahí tiene que crecer. (El Loco, 28 años, panadero limeño)

2.5. *Amar, transmitir y guiar*

Para las poblaciones estudiadas, la paternidad está asociada con los sentimientos más profundos del ser humano. Según afirman, los hijos e hijas constituyen una expresión de la necesidad de amar. Se trata de un tipo especial de afecto que solo puede ser satisfecho por el vínculo con un niño. «Es importante porque hay muchos momentos del ser humano que tú eres mayor de edad y necesitas el cariño de un niño, el afecto, el calor de un niño. Es necesario, es un buen motivo para continuar muchos objetivos que te has trazado en la vida» (Pancho, 42 años, médico cuzqueño). En ese sentido, la calidad del amor de un varón no se diferenciaría mayormente de la de una madre. Se trata de una cualidad que, según su relato, adquirieron en la familia y les fue transmitida principalmente por la madre, quien moldea los afectos y la psique.

En la medida que el padre define su figura dentro de la familia por su asociación con el espacio exterior y, por tanto, con los valores universales, su tarea específica, aquella en la que se diferencia de la madre, es transmitir saberes generales e inculcar los valores públicos, es decir, formar al hijo o hija en sus aspectos moral e intelectual. Significa moldear un ser humano que es, así, la obra del padre.

Ser padre lo hace más hombre y más responsable, porque uno tiene que enseñar, tiene que formar alguien, hacer una persona, una criatura, a formar carácter, a enseñarle las cosas que uno ha aprendido y hacerlo mejor que uno, darle todo lo mejor de uno a esa persona. (Muñeco, joven estudiante de Iquitos)

Esta representación recrea un paralelo entre la capacidad generadora de ambos géneros y coloca la tarea del padre en posición superior. Mientras la madre forma el cuerpo y la psique, el padre forma el intelecto y el carácter. Así, la paternidad se asocia directamente a la cualidad social del ser humano: el reconocer al hijo lo convierte en miembro legítimo de una familia y, por lo tanto, de su sociedad; al formarlo, le instila valores superiores y lo comunica con el espacio público; al asegurar su educación garantiza que tendrá una posición respetable en el mundo.

Entre los varones de los sectores medios, cuya legitimidad social se funda en el monopolio de los saberes y maneras de actuar más valorados, se enfatiza la labor de guía intelectual y moral del padre en tanto que entre los sectores populares se enfoca más el deber de proveer a los hijos de seguridad material y de una educación que les garantice que estarán preparados para ubicarse en el espacio público.

En contraste, para estas poblaciones, el padre que no cumple con estos deberes generará hijos desubicados o marginales que tendrán dificultades en insertarse en el espacio social. Esta temática es también muy importante en la representación local sobre paternidad (Fuller 1997). Así como los varones describen un ideal paterno que se identifica con los valores públicos y la formación de seres humanos, *el mal padre*, una figura constantemente evocada, es el causante del deterioro moral y social de los hijos y actúa como contrapunto simbólico de la representación de paternidad con la que se identifican en su relato.

2.6. *La fuente última de autoridad*

Para los varones de las tres ciudades estudiadas, el padre es la figura de autoridad frente a los hijos. La relación con ellos, aunque fundada en el amor, debe estar regida por la regla del respeto (a la autoridad), según la cual la esposa y los hijos aceptan que corresponde al padre guiar, aconsejar y establecer los principios que rigen la vida de la familia. La fuente de esta autoridad es la asociación entre masculinidad, orden público y valores generales. Por otro lado, esta misma asociación entre paternidad y poder conduce a que la figura paterna

sea blanco del cuestionamiento de las jerarquías de género y generación que representa. Esto se expresa en que tanto la madre-esposa como los hijos y las hijas tenderán a establecer una relación ambigua con el padre. Si, de un lado, reconocen la autoridad del patriarca, del otro, buscan afirmar sus posiciones en contrapunto con esta. Así, en tanto personificación de la masculinidad hegemónica, el padre será una figura siempre controvertida.

Paralelamente, el modelo de relación padre-hijos basado en la regla de respeto está siendo revisado por el discurso individualizante que define la labor paterna como un intercambio basado en la comunicación y el afecto mutuos antes que en el respeto y la protección y descalifica tajantemente el uso del castigo corporal (Flandrin 1979; Elias 1998). Este discurso aparece disperso entre todos los varones adultos sin distinción de ciudad o clase. No obstante, predomina solo entre los varones de los sectores medios limeños que declaran unánimemente que el castigo corporal es un método nocivo.

Los varones entrevistados reconocen dos formas de imponer autoridad sobre los hijos: educar y corregir. La educación es la forma ideal de ejercicio de autoridad. El padre explica, razona y convence al hijo de la validez de sus criterios. La corrección es la estrategia que permite recuperar el equilibrio roto por la desobediencia del hijo o hija. Para ello, se recurre a la represión o a la punición. La primera es de tipo verbal mientras que la segunda implica una pena que consiste en la supresión de un premio o en un castigo físico. La pena corporal es el último recurso cuando se han agotado otras vías.⁶ Idealmente se trata de un castigo leve y no debe caerse en el maltrato.

Entre los varones cuzqueños de los sectores medios, solo uno acepta que impone castigos corporales, el resto considera que el padre debe vigilar y guiar sin recurrir a presiones corporales. Sin embargo, en esta ciudad los padres resienten el cambio de valores que

⁶ Diecinueve varones, entre sesenta y ocho que tienen hijos, usan castigo físico para corregir a sus hijos. Esto constituye el 28% de la población total entrevistada: cinco en Lima, doce en Iquitos y seis en Cuzco. Dieciséis de ellos pertenecen a los sectores populares y siete al sector medio.

lleva a los jóvenes a buscar afirmar su independencia de criterio en contraposición a la formación de corte autoritario que los padres recibieron en sus hogares. Más aún, en esta ciudad aparecen dos casos de padres que se consideran autoritarios y poco comunicativos. Este desasosiego frente a los nuevos estilos educativos propiciado por algunas escuelas evidencia que en la práctica el modelo autoritario sigue presente o bien las dificultades que implica pasar de un estilo de educación a otro.

En el sector medio de Iquitos el castigo corporal se acepta como recurso para corregir la desobediencia y restaurar el principio de autoridad. Cuatro de los varones adultos entrevistados en esta ciudad reconocen que han usado castigo corporal mientras que uno de ellos reconoce que se excede. «Tengo tres hijos terribles, que a veces me sacan de mis casillas. Reconozco que en mi agresión a veces soy fuerte; entonces, más bien he decidido que ahora la mamá maneje todas esas relaciones» (Huancapu, empresario iquiteño). En general, piensan que es una medida extrema pero que hay niños, sobre todo los varones (aunque no necesariamente), que se resisten a la disciplina o se enfrentan a la autoridad. Los jóvenes de Iquitos, a diferencia de los del Cuzco y Lima, consideran legítimo el castigo corporal y debe usarse como un recurso para imponer límites. Ellos son conscientes de que este es un tema en debate; pero, aun así, la autoridad paterna puede ejercerse sobre los cuerpos. «Es bueno darle algún golpe aunque los psicólogos digan que no» (Jenafón, un joven maestro de escuela).

Entre los varones de los sectores populares, la figura paterna es la autoridad indiscutida; la desobediencia se interpreta como un desafío al orden familiar. Compete al padre reordenar la casa y restablecer la regla de respeto. A pesar de que se menciona la importancia de la comunicación y el diálogo como regla ideal para obtener el respeto y obediencia de los hijos, el recurso al castigo corporal, como última medida, se considera legítimo. En Cuzco e Iquitos, el castigo corporal es bastante común y se considera un recurso legítimo. «Castigar, sí, porque así hay obediencia, hay respeto» (Coco, artesano cuzqueño).

A pesar de que representan el castigo físico como una forma de punición, no es raro que este se deslice hacia el maltrato corporal. Dos varones adultos del Cuzco reconocen que llegan a extremos de maltrato al que fueron empujados porque perdieron el control.

Antes, pegaba. Me siento muy cobarde, muy cobarde. Cuando a mí me provocan, me hacen renegar, a veces les he agarrado, les he dado lapo o les he dado una patada, que eso no se debe de hacer. Entonces, muchas veces he cometido eso. Me siento el hombre más cobarde, y, al último, tengo que romper la mano, y decir: «ven, papacito, discúlpame, ¿qué cosa quieres?». Entonces, ya entró ahí ya el chantaje, mis hijos me piden, pues, hay veces, una cosa que a ellos les gusta; entonces, yo por complacerlos, o sea, a manera de disculparme, tengo que complacerlos. (Apicha)

Es notorio el uso de definiciones contradictorias que les permiten catalogar como desfogue la violencia. De este modo, a pesar de que registran la agresión física, no la catalogan como una práctica ya que se trata de un momento en que *no son ellos mismos*.⁷ Por el contrario, el maltrato físico se define como una práctica peligrosa porque puede *traumar* a los niños e inducirlos a actitudes negativas, tales como recurrir a la disimulación o la mentira.

En los sectores populares de Lima, sin embargo, se observa que el recurso a la pena corporal pierde legitimidad. Cinco entrevistados rechazan toda forma de esta, en tanto que cinco la usan como última salida. Entre estos últimos, dos consideran que no es un recurso legítimo sino una forma abusiva de desahogar tensiones o de ejercer autoridad.

El tipo de autoridad paterna varía según los momentos del ciclo vital. Durante la infancia, el padre es la última fuente de mando e interviene para educar y para corregir cuando el niño o niña se desvía de la regla. Pasada la adolescencia, la autoridad paterna se funda

⁷ Los dos casos de padres que aceptan que se excedían en el castigo corporal a sus hijos tienen historia de violencia conyugal.

en la capacidad del padre de guiar a los hijos e hijas y asegurarse de que su influencia balancee la del grupo de pares en el caso de los varones y del atractivo de los pretendientes en la hija. El castigo corporal no debe ser aplicado porque significa una humillación.

Pasada la pubertad, surgen conflictos con los hijos varones y mujeres que giran en torno su libertad para circular en la calle y gastar con los amigos tiempo y energía que deberían dedicar a los estudios. En el caso de las hijas, el padre ejerce un celoso cuidado para que ella no ponga en riesgo su reputación y encuentre al pretendiente adecuado. Para el padre, ambos, hija e hijo, están atravesando por un periodo liminal en el que corren el riesgo de perderse, sea por el exceso de fiesta en el varón, sea por el desprestigio de la reputación sexual en la hija mujer. Debe ser él quien los guía con mano a veces dura hasta buen puerto.

Soy un poco machista en las decisiones que tomo con mis hijos o con mi hija. Por ejemplo, les digo: «no, tú no vas a salir ahora, porque no quiero que salgas», y salen, tú das una orden, eso es un poco por machismo... tampoco no es dable, pero yo lo hago más que todo por respeto, o sea, no quiero que le pase nada a mi familia. (Choche-ra, limeño)

2.7. *El padre tradicional cuestionado*

Entre los varones de los sectores medios de Lima y los jóvenes de los dos sectores sociales de Lima y Cuzco, existe un desfase entre el modelo de padre cercano, descrito como ideal, y la división sexual del trabajo dentro de la familia que aleja al varón del hogar. Ello se debe a que han asumido como propio el discurso sobre la paternidad que sostiene que el progenitor debe participar activamente en la crianza de los hijos (Henao 1997; Ponce y La Rosa 1995; Fuller 1997; Alfaro 1998; Viveros 1998). Sin embargo, este ideal se contrapone a la cultura masculina que prescribe que el varón debe evitar las tareas domésticas porque corre el riesgo de adquirir rasgos femeninos. Por otro lado, las exigencias del trabajo por lo general dejan

poco espacio para compartir tiempo con los hijos. Algunos padres registran esta contradicción y declaran que no les dan a sus hijos la cantidad de dedicación que ellos desearían.

Me gusta ser padre, sino que, como no tengo tiempo, ellos están siempre con ella. Entonces, yo, mi parte de padre, no la hago como debería ser. Hay cosas que uno no sabe o no... en cambio ella está más al tanto porque está todo el día con ellos. (Alfredo, 43 años, empleado bancario)

Otros sujetos, como Dan Patay y Edmundo, dos padres limeños del sector medio, señalan que cuando fueron padres redefinieron sus prioridades para participar en la socialización de sus niños.

La paternidad marcó fortísimo. En general, sí es determinante en mi vida. Cambió mi forma de ser, quizás, en postergar algunos proyectos personales. Llega un momento en que tú tienes que optar, tú sigues tu camino profesional, dejando de lado cualquier cosa que te pueda retener y, bueno, dejas a tus hijos o a tu familia en un segundo plano y no te interesa su desarrollo cotidiano. Yo, al contrario, creo que eso me hizo quizás disminuir un poco las expectativas a futuro. No disminuirlas, pero sí no darles la misma intensidad que las que tenía al comienzo. Me parece una cosa importante, a la cual traté y trato de dedicarme lo más posible. (Dan Patay)

Ello, sin embargo, únicamente es claro en el discurso y no en la práctica. Dan Patay está divorciado y actualmente es su ex esposa quien asume el cuidado material y moral de los hijos. A pesar de que es un padre extremadamente cariñoso y unido a sus hijos, no comparte sus rutinas. No obstante, sea esto verdad o simplemente buenos deseos, este tema empieza a aparecer en el discurso de los varones y puede ser usado como recurso para legitimar ciertas decisiones o para interpretar la propia biografía.

Los varones adultos se contrastan con el tipo de educación recibida y el que desean o intentan dar a sus hijos. Ellos reprochan a sus

padres el autoritarismo, la distancia y la falta de comunicación sobre todo en el aspecto sexual. Los jóvenes presentan la misma demanda: mayores niveles de comunicación y participación del padre. En los jóvenes limeños, más expuestos a los discursos que critican al modelo autoritario y distante, es más común encontrar críticas al modelo tradicional de padre. Su postura se centra en dos temas: la comunicación y el cuidado cotidiano. La relación con el padre debe basarse en el diálogo y él mismo debería participar de la socialización de los hijos no solo como proveedor y autoridad, sino como compañero y fuente de afecto.

La paternidad debe ser más activa, no como ahora que el padre piensa que por llevar el dinero a la casa, por estar en la casa simplemente, allí acabó su responsabilidad. Yo pienso que un padre debe ser como una madre prácticamente, y tiene no solamente que preocuparse de los hijos, sino estar con los hijos, jugar con ellos si es posible, hacer un montón de cosas, tomar los roles de mamá. (Marco, estudiante limeño)

Sin embargo, para redefinir la paternidad en términos de cercanía, necesitan recurrir a la maternidad. Por otro lado, ninguno de ellos tiene hijos, de manera que no han debido enfrentar las demandas en conflicto entre el trabajo y la dedicación a su hogar.

Es notorio que, a pesar de que la generación precedente ya planteó la necesidad de cambiar la relación padre-hijo, los jóvenes, que corresponden a la generación de los hijos de los adultos entrevistados, no registran mayores cambios en la relación con sus padres. Ello podría deberse a que los adultos han revisado el discurso sobre la relación padre-hijo tardíamente, luego de haber sido socializados, y a que existe un desfase entre el discurso que corresponde al ideal y la práctica que corresponde a la estrategia usada. Como ya señalamos, mientras la regla ideal exige presencia y comunicación, la estrategia debe combinar las exigencias opuestas de la cultura masculina que exagera la autoridad, identifica al padre con el rol de proveedor y descalifica la participación masculina en las tareas domésti-

cas,⁸ con la necesidad de cercanía y diálogo horizontal. Entre los adultos de los sectores populares de las tres ciudades, no se cuestiona la participación de los padres en la crianza de los hijos. No obstante es común que ellos mencionen que asumen ciertas tareas en ocasiones, sea porque la esposa está muy cansada, sea porque no está presente. Entre los varones de los sectores medios, en cambio, esta alternativa solo fue mencionada por dos varones iquiteños: Huancapu, que cuidó de sus hijos al nacer porque estaban muy delicados de salud y Charly, que se turnaba para cuidar a su hija mientras su esposa iba a la universidad. El resto contaba con la ayuda de una empleada del hogar y define esta situación como un arreglo excepcional. Así, mientras el discurso de los sectores medios acentúa la importancia de la presencia cotidiana del padre, en la práctica los arreglos domésticos no han variado, probablemente debido a que el apoyo de trabajadoras del hogar les permite descargar las rutinas diarias tareas en una tercera persona. En cambio, en los sectores populares, el discurso es bastante más rígido, pero en la práctica la falta de apoyo doméstico puede conducir a arreglos más flexibles.⁹

En suma, pareciera que los patrones de crianza continúan muy estables. A pesar de que los varones de los sectores medios y los jóvenes de las tres ciudades afirman que el padre debe intervenir más activamente en la socialización infantil, esto solo ocurre excepcionalmente. En cambio, la demanda de mayor cercanía y diálogo entre padres e hijos parece estar cambiando los patrones de interacción entre ellos hacia un mayor diálogo y menor autoritarismo. De acuerdo con los jóvenes, aún queda camino por recorrer, pero existe acuerdo sobre la dirección a seguir. Sin embargo, para toda esta población, la fuente de reconocimiento social de un varón proviene de

⁸ Porque el excesivo contacto con la casa, dominio de la mujer, entraña el riesgo de feminizar al varón.

⁹ Es posible que la rigidez del discurso se entremezcle con criterios de distinción social ya que los varones de los sectores más pobres aspiran a compartir los hábitos de las capas medias. Ya Gutmann (1996) ha tocado este tema para el caso mexicano.

sus logros en la esfera pública,¹⁰ lo cual supone que priorizará las demandas del trabajo sobre las de la familia.

3. Paternidad y jerarquías de género

El sistema de género peruano, como muchos otros, se funda en dos principios: la primacía masculina y la reciprocidad y complementariedad de los principios femenino y masculino dentro del ámbito de la familia. De acuerdo con el primer principio, los varones se identifican con el mundo exterior y la mujer, con el doméstico, la casa. Al ser el espacio exterior estructuralmente superior al doméstico (porque lo contiene y monopoliza los recursos materiales y sociales necesarios para la supervivencia de la familia), los varones tienen mayor prestigio y pueden ejercer alguna autoridad sobre las mujeres. Según los principios de reciprocidad y complementariedad, ambos opuestos, el femenino y masculino, componen una unidad mayor, la familia, y es el esfuerzo conjunto de los dos el que asegura su subsistencia, bienestar y prestigio. En este sentido, el uno y el otro, aunque diferentes, se funden en una unidad mayor regida por la reciprocidad y la noción de sacrificio conjunto.

Como en todas las sociedades patriarcales, en el Perú, la posición social se hereda primordialmente del padre, cuyo primer apellido patrilíneo heredan los hijos y legarán a sus descendientes. En ese sentido, la paternidad y la masculinidad se consagran (simbólicamente) al tener un hijo varón porque es él el que garantiza que el apellido de la familia se transmita y, por lo tanto, perviva. «Los hombres preferimos tener hijos varones para que lleven el apellido; ahora se dice que para que ellos también vean por la casa, nos acompañen» (Juan, 21 años, Lima, popular).

¹⁰ En cambio, la fuente de reconocimiento principal para la mujer sería la maternidad.

El hijo varón es, por tanto, el reconocimiento último de la virilidad del varón, ya que confirma su potencia, no en el sentido físico de inseminar, sino en el aspecto más importante de la paternidad, que es garantizar la continuidad de la familia tanto en su sentido material: una nueva generación como en su sentido de prestigio y buen nombre.

Por el contrario, un hombre que tiene solo hijas mujeres no sería suficientemente viril ya que predomina el principio femenino, es decir, la mujer es más fuerte que él (y la fortaleza es sinónimo de virilidad).

Más que todo, por las amistades, a veces, las personas se fijan, te dicen «chancletero». Piensan que eres algo impotente, que las mujeres son más potentes que el hombre, eso es lo que piensan. Cuando uno no tiene hijos varones, te dicen: «¿oye, sabes qué? Te vamos a enseñar, hazlo de esta manera». Son vulgaridades que te hablan. Por ejemplo, un amigo de la fábrica tenía tres mujercitas; por broma y agarro un día al compadre y le digo: «oye, te voy a prestar, te voy a alquilar mi calzoncillo (sonrisa), te vas a poner mis calzoncillos, para que tus hijos sean varones». (Chochera, 44 años, obrero limeño)

Cada género resume cualidades complementarias aunque jerárquicamente calificadas: los varones representan las cualidades públicas, la posición social y el prestigio de la familia, mientras que las mujeres representan la unión y el amor. La asimetría de género se evidencia en el hecho de que son los varones quienes garantizan la continuidad de la familia ya que el apellido se transmite por la línea masculina. Por lo tanto, cae sobre ellos la tarea de asegurar que el nombre de la familia continúe en el futuro. El ideal de toda familia es reunir ambas cualidades ya que ellas representan los valores de conjunto de la familia: prestigio y amor/alianzas representadas en las figuras del hijo varón y la hija mujer. El primero representa la continuidad del apellido y, por el hecho de corresponder al espacio exterior, es quien acumula prestigio para el conjunto familiar. Pertenece al padre (aunque el vínculo amoroso es con la madre) ya que corres-

ponde a este desarrollar en el hijo las cualidades masculinas: fuerza, responsabilidad y capacidad de desenvolverse en el espacio masculino (capacidad de trabajo, capacidad intelectual). Gran parte de la formación se destinará a inculcar en el hijo los valores públicos y domésticos que él representa. Por ello, el padre se opone a la calle representada por los amigos.

Las hijas, en cambio, son más ligadas a la madre. Por tanto, el vínculo con ellas continuará después del matrimonio y los esposos de las hijas establecerán relaciones privilegiadas con los padres de la esposa. Así, si bien las hijas no contribuyen directamente a acrecentar el prestigio familiar, son estratégicas para atraer nuevas relaciones y ampliar las redes de influencia y ayuda mutua de la familia. Desde el punto de vista de los ideales familiares, la hija mujer conforma y representa tales ideales en su sentido extenso: ella es unión (sobre todo en Cuzco). En ese sentido, si el hijo es la realización plena para un varón desde el punto de vista masculino, la hija representa el fundamento mismo de la familia, el vínculo recíproco que une a la parentela a través de redes de solidaridad.

Ahora bien, todos los varones entrevistados declaran que aman igualmente a sus hijos varones y mujeres. Lo que varía es la expresión amorosa y el tipo de satisfacciones que reciben de cada uno de los hijos según el género (orgullo e identificación en el varón ternura y protección en la mujer). Los varones deben reprimir entre ellos las expresiones corporales y verbales de ternura, porque, según afirman, ablandan al niño y dificultan el desarrollo de la cualidad masculina por excelencia: fuerza. Ello no sucede en su relación con las mujeres, hacia las que declaran sentir una profunda ternura. «Con mi hija, por ser mujercita hay una especie de idilio. Yo he tenido una relación tremendamente cariñosa, ella me adoraba y me confiaba todas sus cosas» (Edmundo, artista plástico limeño). La sensibilidad amorosa de los varones, reprimida en la relación con el padre, es formada por la madre, quien es la que transmite al hijo los códigos de ternura y erotismo que más tarde usará en sus relaciones amorosas con su pareja e hijas (los amigos le enseñan el código de seducción).

La relación padre-hijo está marcada por dos grandes mandatos: asegurarse de que el hijo se desarrolle en el sentido masculino e introducirlo en el campo masculino. Es el padre quien supervisa que el hijo desarrolle las cualidades viriles de fuerza y valentía, quien lo inicia en actividades claves como el fútbol y quien le transmite los saberes masculinos. Durante el periodo infantil, una de las tareas del padre es asegurarse de que el niño desarrolle en la dirección masculina; para ello, debe contrarrestar la influencia feminizante del espacio doméstico y reprimir cualquier señal de femineidad en su conducta. «Se dice que el hombre es fuerte, tiene que ser macho y hay que tratarlo de tal manera para que se forje así. Eso es lo que se refiere a los principios de nuestra sociedad» (Witame, obrero jubilado iquiteño).

Al llegar a la pubertad, el joven se acercará más a los amigos pero el padre asumirá el rol de guía y control. Él debe contrarrestar la influencia del grupo, inculcar en el hijo valores públicos y ayudarlo a ingresar en la esfera pública. La decisión de seguir una profesión será un tema central en la relación padre-hijo. Todos los varones entrevistados que tienen hijos reconocidos responden que su tarea y meta como padres y como personas es asegurarse de que sus hijos logren ser profesionales.

El desarrollo de la sexualidad del hijo es un terreno que en Lima y Cuzco se deja a los amigos, ya que esta, en su versión juvenil, pertenece a la calle, y el padre, en tanto representante de los ámbitos doméstico y público, es opuesto a la calle, el aspecto desordenado y transgresor de la masculinidad. Así, su tarea es contrarrestar la influencia de los amigos y de la calle. En Iquitos, en contraste con Lima y Cuzco, donde no puede inmiscuirse en la sexualidad del hijo, el padre es responsable de asegurarse de que desarrolle en el sentido heterosexual. Los amigos, representantes de una sexualidad más desordenada, podrían ser una influencia negativa o propiciar el desarrollo de tendencias homosexuales.

Si tú mismo como padre, le dices te voy a llevar a tal sitio, le llevas allá, le entregas la mujer a él, vas a ver que ese muchacho con lo que tú mismo le enseñas lleva un buen pensamiento, no esperar que otros, que los amigos, le lleven porque ellos no le van a llevar por buen camino. Tú mismo le enseñas el deber de un hombre, para que mañana o más tarde no le vaya a pasar nada, porque si estás viendo que ya tiene 12, 13 años y él, a veces, porque se les nota a los muchachos, inquietos, y dices «ese si quiere que se vaya», entonces, más se dedica a sus amigos, malos amigos y se vuelve homosexual. Y, cuando te das cuenta, de lo que él era un hombrecito, después ya no. (Rolando, 51 años, carpintero)

Estos significados son coherentes con el énfasis que la cultura iquiteña coloca en la virilidad como el aspecto más importante de la identidad masculina. En sentido contrario, la mayor desgracia que puede ocurrir a un padre es tener un hijo homosexual porque pone en entredicho su virilidad, su labor de padre y el prestigio de la familia.

Un hijo maricón, caracho, te quita esa alegría de decir «este es mi hijo». Caramba, tú lo has criado con cuánto sacrificio y llega a ser así de grande ya, es una pena, una lástima, no estás tranquilo en tu casa, ya no sientes ese don de que eres su padre. Pero, qué vas a hacer, mejor te olvidas de todo, no puedes botarlo, qué puedes hacer, qué puedes decirle. (Rolando)

La relación con los hijos e hijas se define en términos bastante diferenciados en lo que respecta al tipo y calidad del vínculo y los conflictos que pueden surgir con ellos. La relación con el hijo varón implica identificación ya que ambos comparten un campo del que las mujeres están excluidas

El amor es igual, pero la relación es diferente, se comparte menos con la hija. El hombre con la mujer es un poco diferente porque tú sabes que tú no vas a llevar a una mujer donde yo voy; a mi hijo al fútbol, pero con mis amigos, a veces, me tomo un traguito. (Pato, 40 años, soldador limeño)

El hecho de que el hijo varón signifique la continuidad del nombre familiar lleva a que el padre se identifique con él y proyecte en su vida la realización de sus metas futuras. Él deberá continuar y superar su obra. Es común que se afirme que un hijo es una segunda oportunidad de lograr lo que no se puede alcanzar en el periodo vital. Por ello, el hijo varón se asocia al logro y al orgullo. Se trata también de una relación de mayor complicidad ya que, en tanto masculinos, el padre y el hijo son opuestos al mundo doméstico, en el que los varones ocupan una posición ambigua. Más aún, ellos deben ofrecer cierta resistencia porque de lo contrario correrían el riesgo de ser feminizados. De allí que es común que el padre reproche a la madre *estar afeminando* a su hijo cuando es demasiado cercana a él. De hecho, a medida que el niño crece, debe evitar compartir públicamente actividades con su madre. De lo contrario, será tachado de afeminado.

La hija mujer, de su lado, se identifica con la ternura y la protección. La relación con ella es por lo común más satisfactoria en el aspecto sentimental.

Preferiría que la primera fuese mujercita para engreírla, para que juegue con su mamá, para que la acompañe, es siempre más bonito engreírla así a las mujercitas. Hay muchos patas que prefieren hombres y piensan que una mujercita como que les da mala suerte o por lo que son chancleteros... O sea, a una mujercita, uno más la quiere, no es que no quiera uno al hijo hombre, sino que es más cariño con ella. Claro que un hombre siempre tiene que venir luego porque sino no es lo mismo así nomás, uno necesita tener familia y que le guarden su apellido. (Homero, joven técnico en computación limeño)

Sin embargo, esta relación de intenso afecto se modifica al llegar la pubertad, cuando la joven supuestamente se acercará más a la madre. El despertar sexual de la hija mujer es un terreno difícil pues la joven ingresa a un periodo durante el cual debe circular sexualmente para encontrar pareja. Esto, sin embargo, es peligroso ya que corre el riesgo de o bien que los varones con quienes se encuentra

no busquen una relación de pareja sino de seducción, o bien que establezca una alianza conyugal inadecuada (un mal matrimonio). Para los padres, cuyo deber es proteger a sus hijas, se abre un dilema entre guardarlas demasiado y no saber cuidarlas.

Es común que los varones de los sectores populares de Lima y Cuzco sustenten su preferencia por el hijo varón alegando que las mujeres sufren mucho a manos de los varones y que la sociedad las discrimina. Así, en tanto padres, ellos viven en carne propia la intensa hostilidad intergéneros que existe en la sociedad peruana.

Porque sufren menos que las mujeres, porque en esta época hay tanta delincuencia, tantas violaciones. Se ven casos en que las mujeres no solo son mal vistas, mal tratadas en el trabajo, no hay trabajo para mujeres, mayormente necesitan varones, hasta para la agricultura se necesita varones. Hasta para eso se necesita fuerza, para agarrar un pico, una pala. Esos son trabajos de varones. (Coco, 42 años, artesano cuzqueño)

Sin embargo, la respuesta opuesta también ocurre y algunos padres declaran que sienten más ternura por la hija mujer precisamente porque sus vidas serán más difíciles. En tanto el amor que sienten por la hija los lleva a desear que ella se case a fin de obtener reconocimiento social, saben que el matrimonio es una apuesta en la que la mujer tiene altas posibilidades de perder.

Yo pienso, que la hija mujer tira más para el papá, el hijo hombre tira más para la mamá. Yo a los cuatro los quiero igual, pero un poquito más las quiero a mis hijas porque son mujeres porque la mujer siempre es sufrida. Hay veces, cuestión de suerte, que le toque un buen marido, un mal marido que le pegue, que la maltrate, tantas cosas que se ven ahora, pe. Porque el hombre es muy machista, el hombre todo lo ve con golpes; eso es ser machista. (El Zambo, 53 años, albañil limeño)

Las dificultades con el hijo varón, en cambio, se centran en el conflicto de autoridad entre el hijo que se rebela contra la autoridad

paterna y la insistencia del padre en contrarrestar la influencia del grupo de pares y garantizar que el hijo acepte su autoridad. Este tema, presente en todas las ciudades, parece más marcado en Iquitos, donde la figura paterna es más ambivalente.

Con mis hijas muy bien. La mujer es un poco más dúctil para recoger las directivas. En cambio, el hombre es un poco reacio a esto, siempre está queriendo rebelarse. No quiere estar sometido a ninguna norma y siempre hay un poco de roce. (Witame)

Pareciera que el vínculo preferencial del hijo varón es con la madre en tanto que existe mayor hostilidad hacia el padre. Esto es más marcado entre los hijos de padres separados porque ellos tienden a solidarizarse con la madre.

El hombre siempre tiende a cambiar un poco por esas influencias de juventud de hoy en día. Se pone a veces un poco rebelde; entonces, uno tiene que sentirse resentido por esta actitud que los chicos ponen. A veces uno reclama y ellos no quieren aceptar. Entonces, siempre hay esas desavenencias. (Luis, maestro de escuela iquiteño que tiene graves conflictos familiares debido a sus recurrentes infidelidades)

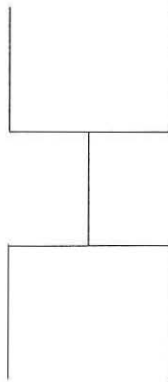
Paternidad–Maternidad

Consagración
de la hombría
(aspecto social de
la masculinidad)

Padre

Madre

Realización de la
esencia femenina



Hijo

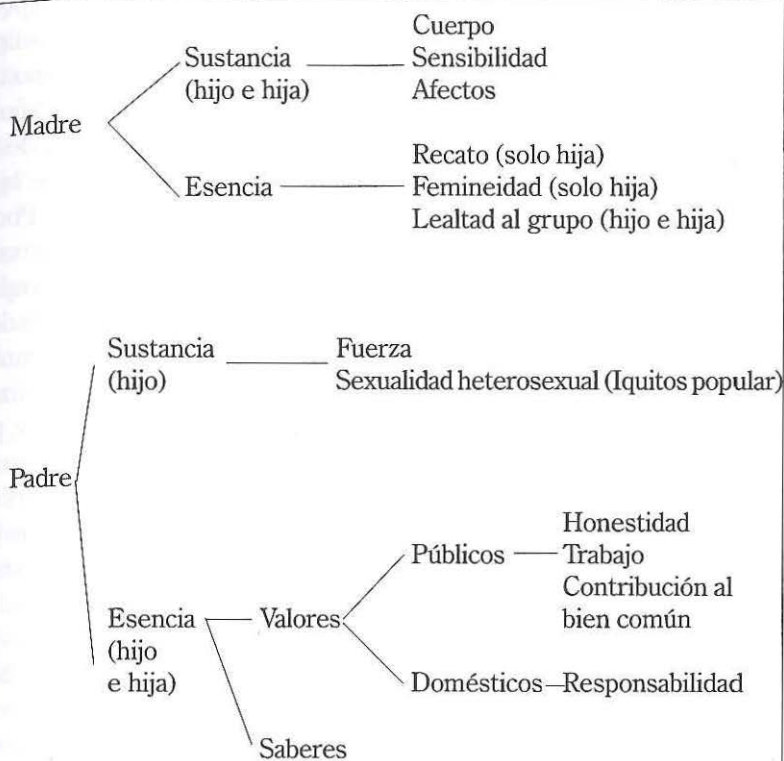
Hija

Función

Transmisión
de linaje
(sangre)

Ampliación de
parentela
(afines)

Transmisión



4. Decisiones reproductivas

4.1. Número de hijos deseado

Existe un consenso general en toda la población entrevistada, sin consideraciones de ciudad, sector social o generación, sobre la necesidad de limitar el número de hijos porque el tamaño de la familia se asocia con el bienestar familiar. Es decir, a menor número de hijos, mejor sería la calidad de vida de la familia debido a que, según decla-

ran, un hijo supone un gasto alto en manutención y educación. En este aspecto es notorio el cambio en la manera de percibir el aporte de los hijos con respecto a décadas pasadas. En la sociedad tradicional, sobre todo en el ámbito rural, un hijo o hija se percibía como una forma de riqueza ya que podía contribuir desde pequeño al trabajo en la unidad familiar y porque constituía un seguro para la vejez de los padres. En la población entrevistada, ya no se espera que los hijos aporten a la subsistencia de la unidad familiar desde niños. Por el contrario, ellos significan un gasto de inversión ya que es necesario mantenerlos hasta la juventud a fin de que garanticen que cumplan con su escolaridad. En otras palabras, un hijo será rentable solo después terminada toda la educación escolar. En cuanto a este punto, sí existen diferencias por sector social. Los padres de los sectores medios esperan que sus hijos e hijas sigan estudios superiores y, por lo tanto, es menos común que se espere que ellos contribuyan al mantenimiento familiar. En consecuencia, significan una inversión más alta en tanto que no se considera que esta beneficiará a los padres de manera directa. Coincidentemente, en los sectores medios, la edad de matrimonio es mayor y el número de hijos es menor. En los sectores populares, por el contrario, se espera que los hijos e hijas contribuyan al sustento del conjunto una vez concluida la etapa escolar.¹¹ A pesar de que la inversión en ellos es muy alta, con relación al modelo tradicional, se espera que los hijos e hijas la devuelvan de manera inmediata. De hecho, es cuando estos se integran al mercado laboral que la unidad familiar adquiere mayor holgura. Esta es una de las razones por las que los padres, sobre todo las madres, procuran evitar que los hijos se casen tempranamente ya que significa que dejarán de aportar a la familia.

Existen, sin embargo, diferencias entre los sectores populares de las tres ciudades. Mientras en los sectores populares de Lima y

¹¹ Así, es notorio que en los sectores populares el número de hijos es mayor que entre los medios. Al respecto, véase nota 2.

Cuzco se espera o desea que los hijos obtengan un grado universitario y es común que exista un conflicto entre las altas expectativas al respecto y la necesidad de que contribuyan al sustento familiar, en Iquitos las expectativas educativas de las familias de los sectores populares son más bajas y la urgencia de que los hijos contribuyan, más alta. Asimismo, la tasa de fecundidad más elevada es la del sector popular de esta ciudad.

En los sectores populares, existe un marcado sesgo de género en la contribución de los hijos. Mientras las mujeres deben ayudar a la madre en las tareas domésticas desde muy niñas, los hijos varones deben invertir lo máximo de sus energías en estudiar. Es probable que el deseo de tener hijas mujeres, sobre todo por parte de la madre, se asocie al hecho de que ellas son una ayuda en el trabajo diario.

4.2. *El control de la fecundidad*

Todos los varones entrevistados han recibido información sobre medios anticonceptivos modernos y tienen acceso a ellos. La mayor parte, ciento diez, declara practicar algún método para evitar los embarazos no deseados y para regular el tamaño de la familia. En este sentido, es notorio que el número de hijos se representa como una decisión y no como un destino inevitable, como fue hasta la generación de sus padres y abuelos. Sin embargo, cuarenta y siete de ellos declaran que usan métodos naturales, tales como el ritmo y el coito interrumpido, ambos bastante inseguros en sus resultados. Si sumamos los diez que no usan ningún método a los que usan métodos naturales, tenemos que casi la mitad de la muestra no controla eficientemente su fecundidad.

A pesar de que más de la mitad de los varones entrevistados recurre a métodos anticonceptivos modernos y considera que les corresponde decidir con su pareja el número de hijos a tener, la responsabilidad por el uso de los métodos corresponde a la mujer, no solo porque la amplia mayoría de los métodos usados (cincuenta y tres) son de uso femenino, sino porque, al ser interrogados, los varo-

nes responden que sí controlan su fecundidad pero que es su pareja quien se encarga de ello.

5. Los impases de la paternidad

La paternidad es un vínculo netamente social donde se actúan y reproducen las jerarquías de género, clase y raza prevalecientes en la sociedad peruana. Engendrar a un ser no define el vínculo padre-hijo; esto debe ser transmutado en paternidad a través del reconocimiento público y de la responsabilidad. Ello está garantizado por el lazo matrimonial,¹² mientras que los hijos habidos fuera de este —bastante frecuente en una sociedad donde los varones están autorizados para circular sexualmente entre las mujeres de los distintos sectores sociales y donde existe una estricta endogamia de clase— no son necesariamente aceptados como tales. Ello depende de la voluntad individual, del estilo de relación que mantenga con la genitora, del apoyo que puedan proporcionarles sus redes familiares y de las consecuencias que tenga para su proyecto de vida. A pesar de la importancia central de esta experiencia, la paternidad solo es tal dentro de las normas que rigen las relaciones entre los géneros, clases y razas de la sociedad peruana.

Así, las señales de fecundación en el cuerpo femenino pueden interpretarse de manera diferente de acuerdo con el tipo de relación existente entre los genitores, la etapa de la vida en que se encuentran estos y las expectativas que el varón y la mujer tienen respecto al número y momento de tener hijos. En este proceso se evalúan los cambios que el hecho de asumir a un hijo acarrea en el proyecto de vida del varón y la mujer y la capacidad de ellos (y sus familias) de com-

¹² Nos referimos, como ya hemos señalado, a una relación públicamente aceptada por ambos cónyuges como una pareja estable con intenciones de reproducirse y constituir una familia.

prometerse con la crianza, la formación y la manutención de un niño o niña. De este modo la fecundación puede ser calificada como un problema que concierne a la mujer, como un problema que ambos deben resolver, como el inicio de un proceso de negociación en el que intervienen no solo los genitores sino los familiares de ambos (Fachel Leal 1998), como el cumplimiento de un deseo mutuo o como la consecuencia natural y esperada de la vida conyugal.

En estos casos, es posible recurrir al uso de hierbas o medicamentos que induzcan la menstruación. Esta práctica, por lo general, no se cataloga como aborto ya que las señales corporales de gestación se clasifican como atraso y los métodos aplicados para suprimirlo, como recursos para *bajar la regla*. Los remedios usados para bajar la menstruación no se identifican como abortivos: en este caso, no hubo una gestación sino apenas un desorden. Como ya señaló Fachel Leal (1998), la interrupción del ciclo menstrual será leída como *embarazo* si una serie de condiciones morales y materiales respaldan la decisión de convertir la gestación en un embarazo social, público. Cuando se reconoce la filiación existe una persona, *un niño que no tiene la culpa* y el principio ético que prohíbe cegar una vida se aplica.

Por otro lado, las mujeres con las que los varones tienen relaciones eventuales son catalogadas como peligrosas porque pueden usar su capacidad de ser fecundadas como una forma de forzar al varón a entrar en una relación u obligarlo a asumir una carga. «A veces ha habido mujeres o chicas con malas intenciones que se te presentan y toman esa cosa como un instrumento para que tú les puedas pertenecer definitivamente a ellas» (Gregorio, 26 años, clase media, Cuzco).

Cuando un varón se enfrenta a la eventualidad de tener un hijo en una relación que no desea continuar y la genitora desea tenerlo, lo común es que se despliegue diferentes estrategias discursivas que buscan elaborar su negativa sin caer en el prototipo del macho irresponsable que condena a un niño a crecer sin protección. Este es el caso de Gotcha, joven administrador iquiteño, que consideró la posibilidad de asumir un hijo habido en una relación paralela, pero, al constatar que esto significaba que la madre adquiriría derechos sobre

sus recursos, releyó la historia de la fecundación para concluir que se trataba de un simple intento de manipulación de parte de la supuesta madre y él no era el verdadero padre.

Entre los varones de los sectores medios, que se caracterizan por una estricta endogamia de clase y etnia, el proceso de asumir a un hijo fuera de una relación conyugal toma diferentes estrategias. Si se trata de una pareja con la cual el joven está envuelto sentimentalmente, se llevará a cabo una negociación que envuelve a ambos y la familia de ambos. Si la familia del joven considera que la mujer no es de la misma extracción social, los jóvenes pueden optar por casarse a pesar de la oposición de la familia. Es el caso de Ernesto, que estaba enamorado de una joven de una extracción social diferente a la propia y, cuando ella salió embarazada, los dos optaron por casarse a escondidas. Sin embargo, en esta ocasión, la diferencia de extracción no era muy marcada y existía un fuerte lazo sentimental entre los jóvenes. Cuando no existe vínculo y la mujer está clasificada como de uso o vacilón, corresponde a ella preocuparse de no salir embarazada.

Por lo general, si el posible embarazo ocurre con una mujer con la que no se tiene una relación reconocida, que se cataloga como *fácil* o promiscua, o con la que existe una gran distancia social, el recurso inmediato es ignorar el hecho y no registrarlo como una posible gestación. «Hubo una vez una chica que se embarazó y dijo que era mío, pero a los 2 ó 3 meses ya no tenía nada, dijo que no me preocupara. Le dije “ese no es mi problema”, no sé si la habrá hecho» (Jenafón, 31 años, clase media, Iquitos). Estos casos se registran, por lo general, como un tema que concierne a la mujer, porque es ella quien debe cuidarse de no salir embarazada ya que controlan su propia sexualidad y, por lo tanto, el varón no es responsable sobre las consecuencias de la misma.¹³

¹³ No obstante la mujer puede recurrir a presiones legales para forzar a un varón a asumir su filiación. Es el caso de Abel, médico limeño de 42 años, quien tuvo una relación eventual con una joven de otra extracción social. Cuando reclamó estar esperando un hijo suyo, Abel la acusó de manipularlo ya que, según su percepción,

Las jerarquías de clase y etnicidad no solo actúan para evitar asumir la paternidad de un hijo. En Iquitos y Cuzco, ciudades donde la parentela tiene mayor importancia que en Lima y donde aún se acostumbra criar niños como parte de la familia, ocurren casos en los que el varón asume unilateralmente su paternidad y elimina a la madre natural de la escena. Así, tres varones de Iquitos y uno del Cuzco fueron criados por padrinos o parientes y un varón adulto del sector medio de Iquitos y un varón joven del sector medio del Cuzco están criando a hijos habidos en relaciones extraconyugales con mujeres de extracción social o étnica subordinada.

Mi hijo es producto de «tantas veces va el agua al cántaro que termina rompiéndose»; es producto de una relación con mi empleada. Yo me enteré que la chica estaba embarazada y te descomputas, porque yo ya estaba siendo un pata, de alguna manera, poquito público; dos, el qué dirán. «Aborto» dije, después de todo ella estaba empezando a tener su embarazo. Pero, yo me dije: «yo quiero crecer al lado de Dios, quiero crecer como ser humano». El hecho de aceptar este niño lo dedico a mi crecimiento del cual tanto hablo, y tanto anhelo de verdad. (Paul, estudiante universitario cuzqueño)

Hasta este punto, Paul podía recurrir a la estrategia de *hacer bajar la regla* de la joven y legitimar esta opción por las reglas según las cuales *no se debe tener hijos en la calle o no se debe truncar el desarrollo futuro de un joven*. Al tomar la decisión de asumir, cruzó el umbral por el cual el ser fecundado se convertía en su futuro hijo o hija. Según continúa, «me puse a pensar “¿aborto o no? tengo que decidir de una vez”. Me puse a pensar “no, es ahora, cuando tengo que demostrarme a mí principalmente quién soy” y decidí tenerlo, así de simple decidí tenerlo».

Seguidamente, vino el proceso de asegurar el apoyo de las redes familiares y el reconocimiento del niño. Al respecto, Paul cuenta:

se trataba de una mujer que había aceptado tener relaciones sexuales con él sabiendo que él tiene una pareja estable. La joven entabló demanda judicial, pidió que se aplique la prueba del ADN y se concluyó que él es el padre.

Primero les conté a mis hermanos, todos estaban descomputados pero decidieron apoyarme; después, les conté a dos primos que son bien en confianza. Entonces, entre mis primos y mis tres hermanos —conmigo cuatro—, fuimos seis personas a decirle a mi mamá esa noche, le dijimos. Todo un espectáculo, mi mamá se descomputó mi papá no vivía con nosotros, se descomputó mi mamá, pues, me puteó y yo le dije: «bueno, me ayudas o no, así de simple».

Sin embargo, esto implica que la madre gestante acepta mantenerse en una posición marginal. Según explica Paul

...ella vive, dónde vivirá, pero viene a veces los domingos a visitar a su hijo y con todo derecho. No vive con nosotros por razones obvias. De hecho, el niño iba a estar mejor conmigo, estoy hablando económicamente, y también no sé si usar el término cultural, que no me gusta tanto, pero creo que tiene más oportunidades conmigo, a nivel de que su mentecita tenga más ideas, ella como es una mujer de pueblo no le pueda ofrecer mucho. Antes de pensar «ay, pobrecita, ella debe estar sufriendo», yo debo de pensar más en mi hijo, de verdad, y es por eso que he tomado las riendas de este asunto. Mi hijo está a mi lado, se educa conmigo, va a vivir conmigo, yo le voy a dar educación.

En conclusión, Paul se considera padre soltero, ha minimizado la figura materna y asumido unilateralmente el vínculo que lo reconfirma como un hombre cabal. Como él mismo concluye, «y ahora estoy felizmente con mi hijo, feliz, feliz, como un podercito que me hubieran dado». La paternidad lo ha sacado de la liminalidad y le ha permitido asumir su humanidad proporcionándole reconocimiento social y paz espiritual.

De otro lado, el ser padre soltero lo lleva a redefinir los roles materno y paterno. Él es padre soltero no solo porque reconoce al hijo sino porque asume sus cuidados corporales.

Soy padre soltero, soy padre soltero, porque, por ejemplo si tuviera un hijo y este mi hijo estuviera con su madre, yo no sería un padre

soltero porque yo no estoy cuidando a mi hijo. Pero yo soy padre soltero porque yo baño a mi hijo, cambio a mi hijo, a veces duermo conmigo mi hijo o lo duermo en mi cama, yo le limpio sus mocos, su trasero le limpio todavía, le he cambiado pañales y todo ese asunto. Soy un padre soltero. (Paul)

Este arreglo es más factible en Cuzco donde el predominio étnico y de género son muy marcados y las redes familiares muy sólidas. Paul puede transferir a su hijo su prestigio social y, en la medida que lo aleje del lado materno, logrará *limpiarlo* de su origen étnico por la vía de la educación. Asimismo, sus amplias redes familiares le permiten proveer atención al niño.

En Iquitos, donde la circulación sexual de los varones casados es más marcada y la familia conyugal es menos fuerte es posible llegar a arreglos que incluyan dentro de la familia a hijos que no proceden de la unión conyugal. Sin embargo, no se trata de una regla establecida sino de una estrategia que resuelve una situación de hecho sin poner en entredicho la regla por la cual los hijos deben ser concebidos dentro del matrimonio. Es el caso de Luis (49 años, clase media, Iquitos), quien recurrió a una relación paralela para tener un hijo, porque según relata, su esposa no conseguía concebir:

...mi primer hijo no ha sido con mi señora. Ha sido con otra mujer, pero esa mujer llegó a tener este bebe, con el consentimiento de mi señora. Mi señora, como no podía tener hijos, me había permitido que tuviera relaciones con otra mujer para tener un hijo y adoptarlo. Cuando ya mi mujer he visto que acoge a ese bebe con cariño, sentí una gran satisfacción, pues.

Sin embargo, este *alquiler de vientre* supuso una intensa presión sobre la madre natural del niño, en la que se evidencia cómo las definiciones sobre fecundación y vida varían de acuerdo con las circunstancias y las formas de dominio que se establecen entre un varón y su amante. Según narra Luis, la joven madre de su hijo había abortado en una ocasión previa. Esta estrategia, que en la primera

ocasión, había pasado desapercibida por Luis, se convirtió en delito de aborto cuando él decidió tener un hijo.

Tuve relación con una chica y había sido una zamarra. Parece que la primera abortó y la segunda, cuando yo le pillé que quería también deshacerse de este feto, yo le dije que le iba a denunciar y que el niño debe nacer. De esa manera nació este niño. Cuando estaba el niño ya por nacer, me fui y le dije a mi mujer «tú me dijiste para tener relaciones con una mujer y voy a tener un hijo, con una chica. ¿Le quieres?» «Claro que le quiero», me dijo. Nació el bebe a los tres días, le llevé a la casa y mi señora le crió con biberón.

El relato hace evidente la estrategia discursiva por la cual un *feto* que podría no nacer se convierte en un *niño* propiedad del padre.

5.1. *Nacer o no nacer*

Cuando la pareja de genitores no cumple el proceso de *asumir*, la interrupción del embarazo se considera tolerable. Sin embargo el aborto es un tema particularmente sensible porque, para esta población, el respeto a la vida y el derecho de todo niño a recibir asistencia de sus genitores, son principios éticos absolutos. De otro lado, como se ha visto, el proceso de convertirse en padre no se deriva mecánicamente de la fecundación y supone que ambos genitores y sus respectivas redes familiares asuman públicamente la llegada de un hijo o hija. En este punto se despliegan diversas estrategias por las cuales, si bien no se discute la regla absoluta, aparecen *circunstancias* que los obligan a interrumpir el embarazo.¹⁴

Así, aunque la mayoría de los varones entrevistados no acepta el aborto quirúrgico (especialmente entre la generación de adultos) por considerarlo un crimen contra la humanidad y una nueva vida ino-

¹⁴ Entre los varones que abortaron, once declaran que la mujer tomó la decisión de abortar y él lo supo después. En siete casos, ellos obligaron a la mujer a abortar. En otros siete, fue de mutuo acuerdo.

cente, por consideraciones religiosas (especialmente en Cuzco) o por estimar que produce un daño a la madre (cáncer u otra enfermedad al útero), muchos de ellos lo han practicado.¹⁵

El aborto se practica en dos situaciones básicas: cuando un adulto casado ha fertilizado una mujer con la que tiene una relación extraconyugal y aceptar un hijo con ella es incompatible con su figura de adulto responsable frente a su familia y cuando el joven o la joven aún no ha llegado a consolidar su posición de adulto (trabajo, dinero, o estudios) y tener un hijo pone en serio riesgo su futuro personal.¹⁶ Es muy probable que la familia de alguno de los jóvenes presione por esta opción, porque consideran que truncaría el futuro de la joven o del joven.

La enamorada que estaba anteriormente con ella yo no sabía que estaba gestando y su mamá un día de esos había venido a mi casa y había hecho los arreglos con mi mamá para que le hagan abortar. La mamá no quería que esté conmigo. En cierta forma, era su hija mayor y quería más de repente para su hija, que estudie o que encuentre otra persona. Mi mamá, celosa también de repente, ha decidido eso. Celosa de su hijo porque yo trabajaba y ayudaba bastante a la casa, a la familia porque, como mi papá no ganaba mucho, antes yo ayudaba y aportaba. Por todo eso, de repente, habían decidido mi mamá y su mamá y nos separaron de esa forma. De repente, sí me hubiera casado, yo sí la quería. Ella no sé, de repente no me ha querido ella. (Siskucha, joven obrero cuzqueño)

Entre los jóvenes más expuestos al dilema de un embarazo no deseado, sea con su pareja, sea con una aventura sexual, es más común que se acepte el aborto como una estrategia alegando que la

¹⁵ Del total de entrevistados, treinta han tenido por lo menos una experiencia de aborto provocado: doce en Cuzco, once en Iquitos y siete en Lima. Doce de ellos pertenecen a los sectores populares y dieciocho los medios. En lo que respecta a la edad, existen dieciséis casos entre los adultos y catorce en los jóvenes.

¹⁶ Veintiséis de los casos de aborto fueron en relaciones extraconyugales, cuatro dentro de la pareja.

pareja no tiene condiciones de asumir a una criatura, poca solidez económica para sostener a un hijo, inestabilidad en la relación que haría del niño un huérfano de padre. Según afirman, el padre debe dar cariño, apoyo, protección, pero eso solo se cumple si lo tiene dentro de una relación familiar. Un hijo de la calle, por el contrario, carecerá del amparo de un padre. Entonces, el aborto es considerado como una necesidad extrema en bien del propio niño. En suma, a pesar de que se describe a la paternidad en términos de perpetuación de la propia sangre, continuación de la vida y responsabilidad hacia las generaciones venideras, todos estos elementos se activan únicamente cuando se ha concluido el proceso de aceptación pública de la paternidad.

5.2. *Cuando los padres se van*

Los índices de divorcio y separación son bastante altos en las tres ciudades.¹⁷ En todos los casos, los hijos residen con la madre y los padres han iniciado una nueva unión o están separados físicamente de sus hijos. Ello implica que la relación padre-hijos ha sido redefinida. Los varones separados de sus hijos han atravesado por un proceso de redefinición de la relación con sus hijos. En general, el relato gira alrededor del dilema entre ser un padre responsable o uno que abandona a sus hijos

Tampoco yo, porque lo que he tenido problemas, voy a ser un irresponsable, siempre soy responsable. Porque a mi hija tienen que

¹⁷ En el sector medio, cuatro de los adultos limeños son divorciados o separados. Entre estos últimos, dos están en la segunda o tercera unión. En Iquitos, siete adultos están separados o divorciados; todos ellos tienen una segunda unión. Entre los jóvenes, de cuatro casados, dos están separados. En Cuzco, no hay separaciones. Entre los varones de los sectores populares, existe un caso de separación entre los adultos de Lima; tiene una segunda unión. En Cuzco, cuatro adultos están separados; tres en segunda convivencia. Entre los jóvenes, uno está separado y tiene una nueva pareja. En Iquitos, cuatro adultos y tres jóvenes son separados. Todos los adultos están en su segunda unión.

verla bien, porque si yo fuera un irresponsable, a mi hija, le dirían que su padre es un irresponsable. (Miguel, un joven profesor cuzqueño)

Los elementos que más parecen jugar en la persistencia del lazo padre-hijos son el tipo de relación previa y la calidad de la relación con la madre. Aquellos padres que estuvieron presentes en los primeros años de sus hijos y construyeron un firme vínculo afectivo con ellos tienden a conservar la relación. Es el caso de Apu un profesor universitario iquiteño que participó en la crianza de sus hijos activamente y declara: «No he abandonado jamás a mis hijos, donde esté siempre les apoyo, siempre les busco. En ese sentido, no tengo mayor problema, cuando yo quiero les veo».

En cambio, Huancapu, que tuvo una hija de una relación eventual, a pesar de creer en la importancia del vínculo y ser bastante presente con los hijos de su segunda unión, declara:

A mi hija casi no la veo, una o dos veces al mes. Es que no es estable la relación. Ella me dice «papi, yo veo que a ellos los llevas, a ellos los traes». Le digo «tienes que entenderme que yo tengo un compromiso más cerca, más permanente con ellos que con tu mamá, tu mamá te habrá explicado». Yo sé que hay un problema ahí pero definitivamente es la realidad. (adulto, clase media, Iquitos)

Aquellos que se separaron por intensos conflictos familiares son quienes han visto cambiar drásticamente su relación con sus hijos. En este conflicto, aparecen dos temas principales: la relación entre los genitores y la redefinición del lazo entre padre e hijos. A pesar de que la paternidad es altamente valorada, para los varones (y mujeres) urbanos del Perú, los hijos pertenecen a la madre y, si la pareja se separa, será ella quien los conserva. Por lo tanto, los recursos que el padre entregue para el sustento de su prole serán administrados por la ex cónyuge. Esto es una fuente constante de roces ya que el varón resiente el hecho de que ella tenga derechos sobre él y pueda disponer de sus recursos.

A su vez, la relación afectiva con los hijos, siempre mediada por la madre, se ve, por lo común fragilizada ya que estos tienden a identificarse con ella y tomar distancia respecto al padre. Pareciera que son los hijos varones quienes asumen actitudes más hostiles contra él. Los padres, por su lado, tienden a acusar a su cónyuge de transmitir una imagen negativa de ellos (dos casos en Cuzco y cuatro en Iquitos).

Mi relación con mis hijas es buena, soy muy amoroso, me muero por ellas y ellas también por su padre. Aunque ahora las cosas están cambiando porque les están poniendo otras ideas de mí, mi esposa está haciendo ver un mundo muy distinto al mío, a mis hijas. Está dañando la imagen de su padre. Le están haciendo ver cosas que no son de mí. (Bigote, 40 años, popular, Cuzco)

Aunque no tenemos datos sobre los hijos, si analizamos el relato de los varones cuyos padres son separados, es notorio que casi todos¹⁸ se identificaron con la madre y juzgaron al padre como el causante de sus problemas actuales, sea porque no proveyó por ellos y los condenó a la pobreza, sea porque no tuvieron apoyo social y moral y ello los expuso a riesgos.

Un último tema en conflicto es que los padres por lo común emprenden una nueva unión conyugal y los hijos rivalizan con la segunda mujer. «Mis hijos me dicen: “por qué, papá, por qué con esa chica te has metido”. Yo les digo: “mamita, me van a comprender alguna vez...”» (Miguel, 31 años, popular, Cuzco).

En suma, desde el punto de vista de los padres, la separación de los hijos significa una inevitable redefinición de la relación con ellos que, en la mayoría de los casos, tiende a debilitar el vínculo. Los dos puntos más notorios en este drama son el sentimiento de rechazo que experimenta el padre ante el distanciamiento de los hijos y la

¹⁸ La excepción es un varón cuzqueño que fue criado por su padre y tiene una relación distante con ambos progenitores.

dificultad para mantener el lazo con ellos cuando establecen otra unión conyugal.

6. Reflexiones finales

Probablemente los rasgos más notorios de la manera en que los varones de urbanos del Perú (y puede decirse de América Latina) significan la paternidad son su intensa idealización y el hecho de que constituye un eje central en la construcción de su identidad como varones y como seres sociales: la consagración de la hombría. En este sentido, la paternidad hace parte de la producción discursiva que sustenta el predominio masculino ya que la identifica con el conocimiento y la autoridad. Ser padre no es solo consagrarse como varón plenamente viril, es un título nobiliario ya que concede a los varones privilegios y un sitio de autoridad en el núcleo familiar. Si hay un espacio donde se cumple el sueño masculino de poder es precisamente en la función paterna, como ya señaló Lacan.

Como contrapunto a este libreto que ensalza la paternidad, el guión del padre irresponsable resalta las contradicciones que la entrecruzan y constituye, precisamente, el material más rico para entender la vivencia misma de la paternidad. Ello se debe a que nos muestra las estrategias que los actores despliegan cotidianamente y, sobre todo, introduce en la escena a los múltiples personajes que forman parte del complejo tejido social que es la paternidad concreta: los hijos deseados y no deseados, las mujeres fecundables y las cónyuges potenciales, las redes de apoyo familiar, los pares y las instituciones formales.

Así, en sentido opuesto al ideal, vemos que ser padre es una experiencia marcada de contradicciones. Si bien consagra la hombría adulta, se contrapone al ideal juvenil de libertad, conquista y competencia. Asimismo, nos muestra los impases del modelo juvenil ya que el exceso de autoafirmación entraña el riesgo de desorden y autodestrucción. Para los jóvenes, ser padre es tanto un logro, como una pérdida y una tabla de salvación. Esta multiplicidad de sentidos

abre un amplio abanico de respuestas que retratan también los dilemas de este periodo de la vida.

Por otro lado, la noción de *responsabilidad* que define a la paternidad es extremadamente ambigua y controvertida (Olavarría y Parrini 1999) y varía según el momento del ciclo vital y la relación que cada varón mantiene con la posible o real genitora. Así, ser responsable puede significar priorizar el proyecto de seguir estudios universitarios sobre la relación con una mujer que presenta signos de fecundación; ser responsable es no aceptar la paternidad de un hijo habido en una relación extraconyugal; ser responsable es reconocer a un hijo aunque ello suponga poner en peligro la estabilidad de una familia ya constituida, y así sucesivamente. Se trata pues de una negociación compleja que se caracteriza por estar determinada por factores de clase y etnicidad y estar inserta dentro de una densa trama de relaciones. La biología no es el destino de la paternidad; por el contrario, esta experiencia está mediada por el estilo de relación que el varón mantenga con la mujer y la capacidad de ambos movilizar a las redes familiares e institucionales en apoyo de sus intereses personales o de un proyecto conjunto.

Surgen algunas interrogantes sobre el cuestionamiento a la autoridad y a la distancia paterna que cruza los relatos presentados. Este ha sido interpretado, opinamos que con rigor, como un resultado de la creciente democratización de las relaciones familiares. No obstante, quisiéramos llamar la atención sobre el hecho de que el padre es una figura de autoridad y como tal está en posición de poder sobre la madre y los hijos. Aun cuando los actores involucrados acepten en última instancia la ideología patriarcal (como es el caso de la amplia mayoría de los varones aquí presentados), las relaciones de dominio propician que quienes están en posición subordinada busquen formas de negociación u oposición que les permitan mejorar su posición. La figura paterna por su posición estructural es el blanco de la protesta femenina y juvenil y, por lo tanto, refracta y expresa los malestares de ambos. Sin embargo, no todo reclamo es señal de transformación y me pregunto si no es posible que hayamos catalogado como cambio a la expresión de *la otra voz* del discurso hegemónico.

El análisis de los significados de la paternidad ilumina ciertos temas que por parecer evidentes no han recibido suficiente atención. Estos son la importancia de la convivencia y el hecho que la paternidad solo se entiende en relación con la maternidad. Nuestros datos muestran que, a pesar del discurso intensamente idealizado de los padres, cuando ellos no conviven con los hijos, el lazo tiende a atenuarse o disolverse y en esto juega un rol fundamental la relación con la mujer. Esto se debe a que la tarea de proveer, a contracorriente de las declaraciones de los varones, no fluye de padre a hijos sino que está mediada por la figura materna. Para estas poblaciones los hijos pertenecen a la madre más que al padre porque ella garantiza su supervivencia corporal y emocional. Por ello, cuando una pareja se separa los hijos permanecen con la madre y le corresponderá a ella administrar los recursos que el padre entrega para proveer por su prole. Esta es una fuente de conflictos ya que los varones resienten el hecho de que su ex pareja tenga derechos sobre lo que produce. A ello se une que los padres reprochan a sus ex cónyuges por el alejamiento emocional de los hijos. Ambos criterios aparecen el relato de los varones como recursos para explicar/legitimar su decisión de desatender a sus hijos. No se trata de aumentar la vasta literatura de reproches al abandono paterno, sino de entender el punto de vista de los actores y situarlo en un contexto relacional. Este es un tema que merece ser profundizado ya que la separación es de las familias es una tendencia que va en crecimiento en todos los sectores sociales.

Bibliografía

ALFARO, Rosa María

- 1997 *Descifrando enigmas: Responsabilidades privadas y públicas del varón y la mujer*. Estudio de opinión pública. Lima: Sondeos de Investigación, Asociación de Comunicadores Sociales, Calandria, Fundación Ford.

- ARILHA, Margareth, Sandra UBENHAUM y Benedito MEDRADO (org.)
 1998 *Homens e masculinidades. Outras Palavras*. Sao Paulo: editora 34.
- BOURDIEU, Pierre
 1998 *La Domination masculine*. París: Seuil.
- ELIAS, Norbert
 1998 *La civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Norma.
- FACHEL LEAL, Ondina
 1998 «Aborto: tensión y negociación entre lo femenino y lo masculino». En: LERNER, Susana (ed.). *Varones, sexualidad y reproducción*. México, D.F.: El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- FLANDRIN, Jean Louis
 1979 *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona: Crítica, Grijalbo.
- FULLER, Norma
 1997 *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- GUTMANN, Matthew
 1996 *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press.
- GILMORE, David
 1990 *Manhood in the Making. Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven: Yale University Press.
- HENAO, Hernán
 1997 «Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín» *Nómadas. Género: Balances y discursos*. Santa Fe de Bogotá, 6, marzo-septiembre.
- IRIGARAY, Lucy
 1974 *Speculum, de l'autre Femme*. París: Les Editions de Minuit.

- OLAVARRÍA José, Cristina BENAVENTE y Patricia MELLADO
1998 *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*. Santiago de Chile: FLACSO.
- OLAVARRÍA, José y Rodrigo PARRINI
1999 *Los padres adolescentes. Hombres adolescentes y jóvenes frente al embarazo y nacimiento de un/a hijo/a*. Antecedentes para la formulación y diseño de políticas públicas en Chile. Documento de trabajo en edición. Santiago de Chile: UNICEF.
- PONCE, Ana y Liliana LA ROSA
1995 *Nuestra sexualidad: mis abuelos, mis padres y yo*. Construcciones sociales de la sexualidad en tres grupos generacionales. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA
1998 «Ser hombre en Santiago de Chile, a pesar de todo un mismo modelo». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- VILLA, Alejandro
1996 *Fecundidad y Masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones*. Documento. Buenos Aires.
- VIVEROS Mara
1998a «Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- 1998b «Decisiones reproductivas y esterilización. El caso de la elección de la esterilización masculina». En: VALDÉS, Teresa y José OLAVARRÍA (eds.). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.